

# **ULISA**

C A S O D E I N V E S T I G A C I Ó N

H

LISSARDI, ERCOLE  
ULISA  
1<sup>a</sup> ed.: junio de 2013  
120 p.; 12 x 19 cm.  
ISBN: 978-9974-699-38-0

C A S A E D I T O R I A L  
© 2013, Ercole Lissardi  
© 2013, Casa editorial HUM  
Montevideo, Uruguay  
[www.casaeditorialhum.com](http://www.casaeditorialhum.com)  
[hum@montevideo.com.uy](mailto:hum@montevideo.com.uy)

Diseño de maqueta: Raúl Burguez / Juan Carve  
Diseño de cubierta: Raúl Burguez  
Ilustración de portada: Rodolfo Heuer  
Retrato del autor: Matías Bergara

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta y solapas, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

H U M

· Ercole Lissardi ·

# ULISA

C A S E P I N C O P I A L  
H U M



M O N T E V I D E O  
2 0 1 3



# I

El amor conyugal deviene rápidamente rutina. Sin necesidad de explicitarlas se fijan sus frecuencias y sus modos. No hay nada de malo en eso. Siendo como es funciona como una fuente de afecto, orden y energía en nuestras vidas. El peor error respecto del amor conyugal consiste en pedirle que sea lo que no es: un vehículo para nuestros fantasmas sexuales. Querer encarnar en ese personaje diáfano, eje de nuestra cotidianidad, nuestras pulsiones oscuras sólo lleva a una dicotomía insoportable en cuya crisis final tendremos que decidir —imposible e innecesariamente— entre prescindir de nuestro soporte afectivo o de nuestros deseos secretos. De lo dicho se deduce, claro está, que la infidelidad, de pensamiento o de hecho, está en la naturaleza misma del vínculo conyugal —extremo, por supuesto, que no necesita ser objeto de explicaciones con el cónyuge. Debemos asumir, sin demostración alguna, que cualquier persona sensata tiene claro el asunto. Todo es cuestión, entonces, de moderación y discreción. Y el que no sea capaz de moderación y

discreción, el que no sepa frenar sus tendencias al exceso, mejor hará en prescindir de los beneficios del vínculo conyugal. De más está decir que, no teniendo un pelo de machista, entiendo que la infidelidad es inevitable para ambos cónyuges. En lo que concierne a mi matrimonio debo decir que mi impresión es la de que mi mujercita ni roza con el pensamiento este tipo de cuestiones de metafísica conyugal.

La masturbación, la satisfacción solitaria es una respuesta espontánea, generalmente previa a la comprensión cabal de esa otra índole de necesidades —digamos— secretas. Es un camino fácil —el más fácil, por supuesto— que permite en una primera instancia eludir realidades —las propias— y responsabilidades —para consigo mismo—, pero un camino fácil que, como suele suceder con los facilismos, no conduce a ninguna parte. Aplaza la consideración de los términos reales de la cuestión, y si se insiste en transitarlo termina por conducir al ensimismamiento y a la apatía, extremos que en nada benefician al vínculo conyugal. La prostitución es, por supuesto, la manera institucional de evacuar moderada y discretamente los deseos secretos. Hay quien disfruta de los aspectos mercantiles de la relación y hay quien no los soporta. Desde la gran profesional a la entusiasta de barrio, las posibilidades de hallar el nivel adecuado de satisfacción a las necesidades son muy altas. Lo mejor, por supuesto, es tener amantes, vincularse con casadas o ennoviadas, comprometidas en todo caso, que a la vez experimenten la carencia de esa otra cosa, y que han comprendido que deben buscarla fuera.

Transcurrido un año de mi matrimonio con Elvira ese plus de morbo que, por supuesto, no tenía lugar alguno

en nuestra deliciosa conyugalidad afloró de la manera más inesperada exigiendo su débito. Debo decir que en los años previos a nuestro matrimonio me había dedicado a explorar y satisfacer hasta el hastío los caprichos de mi imaginación sexual, razón por la cual —probablemente— tardaron bastante en reaparecer.

Elvira es de sueño fácil. A los pocos minutos de poner la cabeza sobre la almohada duerme profundamente. Esa noche yo no podía conciliar el sueño. No recuerdo por qué pero estaba completamente desvelado. Buscando en mi memoria imágenes agradables, cuya contemplación me relajara y me indujera el sueño, fui a dar de lleno al recuerdo de las noches fantásticas de sexo con Emilia. Inmediatamente sentí el cosquilleo. Toqué al gusano y se desperezó, bien dispuesto para un poco de gimnasia. Pensé en despertar a Elvira, sabiendo que se prestaría gustosamente a aquella efusión extemporánea. Pero no lo hice. Me pareció que tenía algo de injusto perturbar su descanso para utilizarla de aquella manera: copular con ella con la mente poblada por las imágenes de los excesos morbosos con que Emilia y yo nos habíamos saturado. Me pareció más honesto incurrir en el anacronismo y la nostalgia y masturbarme, seguro de que no tendría más consecuencia que la inmediata llegada del sueño.

Procedí, pues, no sin cierta impaciencia. El expediente de masturbarme para inducirme el sueño no dejaba de provocarme una cierta irritación. Pasaba de un recuerdo al otro como quien hojea distraídamente un libro de imágenes. De las noches de lujuria con Emilia conservaba un puñado de imágenes, en cada una de las cuales se concentraba un matiz particular de nuestros caprichos.

Llevaba el procedimiento adelante de manera tan sumaria que comprendí que llegaría al punto de no retorno sin siquiera haber logrado verdaderamente una erección. Sumariamente agotada la delectación en el recuerdo de las exquisitas bizarrerías con la bellísima Emilia, sin convocarla se hizo presente Luisa en el teatro de mi memoria. Luisa era muy otra cosa, lejos de la madona delicada que era Emilia, más bien era del tipo mujer de pueblo, criolla aguerrida, etc. pero el manojo de imágenes cargadas que acudía con su recuerdo no era menos denso ni menos caprichoso ni menos incendiario. De manera que, con la savia nueva que acudió, el tronco terminó de enderezarse, y me preparé para que finalmente la ola rompiera.

En ese preciso momento fue que me vino a la mente la conciencia de que Luisa estaba muerta. Había muerto hacía un año y medio, en un accidente, poco después de que diéramos por terminada nuestra relación y precisamente cuando acababa de conocer a Elvira. Me pregunté sencillamente:

—¿Cómo puedo estar gozando de estos recuerdos —usándolos para excitarme— si ella está muerta?

El sustrato inconsciente, o por lo menos informulado, de esa pregunta eran estas otras preguntas:

—¿Acaso la muerte, y en especial la muerte trágica, no lo carga todo de gravedad? ¿cómo es posible que eluda esa gravedad, la ignore, y pueda concentrarme en gozar de la desvergonzada lujuria de esos recuerdos? ¿cómo puede ser que la gravedad me permita ese gozar?

Fue sumido en estupor, inmovilizado por el desconcierto, que inevitablemente —dada la magnitud de la inercia acumulada— la verga se tensó al máximo y soltó la semilla. Tan perdido estaba en mi desconcierto que me

sorprendió que el semen me salpicara la cara, como si hubiera empezado a llover en el dormitorio.

Me saqué la camiseta y sequé el enchastre. Me acurruqué contra la espalda de Elvira y suave, delicadamente empezó a venirse abajo el castillo de naipes de la conciencia. Pero el último naipe llevaba estampado otro recuerdo. Una noche, después de coger con Luisa ella se durmió, pero yo quedé itifálico, pasado de calentura. Después de darme veinte vueltas en la cama decidí que un orgasmo más terminaría de relajarme. Me pareció desconsiderado despertarla después de lo que había sido una ruda faena, por lo que puse manos a la obra. Avanzada la cosa Luisa entresueños preguntó:

—¿Qué estás haciendo?

La tomé de la nuca y suave pero firme la traje hacia mi vientre.

—Callate y chupá —le dije.

Obedeció y mamó, golosa. Cuando me la chupaba incurriamos en una pequeña parodia: la tomaba del pelo y fingía hundirle una y otra vez la verga hasta el fondo de la garganta, a lo que se prestaba fingiendo sumisión. Habitualmente estando en esas cruzaba yo la línea y me vaciaba. Pensé en su pelo lacio y fuerte arremolinado en mi puño, en sus labios delgados —que cuando no nos veíamos por unos días se mordía hasta lastimarse— estirados para rodear la verga en su misma base, en su lengua grande y fuerte y verde de tomar mate con la que me lamía largamente la verga después de mamarla. De pronto pasé de la delicia al asco: vi su pelo seco y quebradizo como paja, sus labios y lengua podridos y comidos por los gusanos y después secos y resecos hasta convertirse en polvo. Con ese estupor que es el compañero inseparable

de la muerte medí el abismo entre aquella mujer ávida de pasión y los restos de su cuerpo resecándose o resecos ya en una caja de madera un par de metros bajo tierra. Abracé a Elvira y me llené los pulmones con la fragancia suave y cálida de su piel, amoldé mi cuerpo contra su espalda y dejé que terminara de derrumbarse el castillo de naipes.

## II

No voy a decir que aquella pequeña experiencia clandestina de masturbación en el lecho conyugal por sí misma me sacara de onda, o algo por el estilo. Para nada. Son circunstancias. Además, como el gran Giacomo pienso que para el hombre inteligente, para el filósofo, el placer sexual es triple: está el placer de imaginar lo que sucederá, el de lo que realmente sucede y el de recordar lo sucedido. Y es perfectamente comprensible que a veces el recuerdo sea tan intenso que necesite de un clímax, de una bajada a tierra, de una descarga. Lo que sí quedó dándome vueltas en la cabeza fue ese instante de desconcierto, de no saber si seguir o parar, que me causó la coincidencia, la coexistencia en el espacio virtual de mi mente de los tórridos recuerdos y de la conciencia de que Luisa está muerta.

En el episodio de la noche anterior había triunfado la inercia, por cierto, pero de no haber sido así, la conciencia de que Luisa está muerta ¿hubiera terminado por desvanecerse dejando el campo libre al regodeo con los recuerdos? ¿o hubiera impuesto su gravedad abortando

la delectación inminente? ¿o hubiera persistido en un coexistir, agregándole al plato recalentado un condimento —para mí al menos— totalmente novedoso? Esta duda, que surgió vagamente y se fue precisando en sus términos, estuvo sobrevolando discreta pero insistentemente mis ocupaciones a lo largo de la semana. Terminé por comprender que era una duda que no admitía más que una manera de resolverla. Pero antes de relatar el experimento quisiera decir algo acerca de mi relación con Luisa.

Nuestra relación duró casi dos años. Por motivos que no vienen al caso fueron dos años especialmente difíciles para mí, y debo decir que durante ese tiempo el apoyo que recibí de Luisa me fue de la mayor importancia. Fue una relación muy buena en lo humano, muy interesante en lo intelectual —Luisa tenía una notable capacidad para evaluar críticamente a las personas y a las situaciones—, y en lo sexual no conoció más límite que el que le marcaran nuestros caprichos. Fundamentalmente los míos, en realidad. La relación terminó cuando Luisa llegó a la conclusión de que me amaba lo suficiente como para desear casarse conmigo. Tuve que explicarle que yo no me encontraba en la misma situación. La relación sobrevivió a este desencuentro tiempo suficiente como para que se convenciera de que la diferencia de perspectivas era real e irreversible. Sé que le dolió la separación, quizá ella no llegó a saber —y murió no sabiéndolo— que a mí no me dolió menos, aunque de distinta manera.

Para encarar el experimento esperé hasta el jueves de mañana. Es un acuerdo no explicitado que los miércoles por la noche (y también los sábados por la noche) Elvira y yo tenemos sexo. Y no era en absoluto cuestión de retacearle el débito debilitando mi performance. De regreso a casa

los miércoles compro una botella de vino blanco, Elvira me espera con algún toque de coquetería en el atuendo, y desde el beso de saludo los términos del acuerdo quedan reactivados. Me baño antes de cenar y cenamos livianito. El jueves por la mañana estoy en casa, de manera que duermo un rato más. Cuando me despierto Elvira ya ha salido. A menudo me despiertan los ruidos que hace la limpiadora en la cocina. De manera que hoy jueves me levanté muy descansado, me di una ducha, desayuné y me encerré en la biblioteca. Por las dudas, pasé llave.

Me acomodé en mi sofá de lectura y me aflojé la bata y el pijama. Pájaro en mano cerré los ojos y busqué en el álbum de Luisa. No iba a ser fácil. A semejante hora el demonio de la pereza prima sobre el de la concupiscencia. Luisa no parecía en absoluto dispuesta a repetir sus moneñas. Es más, parecía haberlas olvidado. Aún eludiendo por completo cualquier pensamiento fúnebre las imágenes de Luisa que me venían a la mente apelaban más a la ternura que a la lujuria. A esa ternura a la que no dejan de apelar las cosas humanas cuando son buenas, sinceras y dignas. Con total claridad, con lucidez, diría, vi, creo que por primera vez, toda la ilusión que Luisa tenía respecto de nosotros, de que fuéramos una pareja, de que llegáramos al matrimonio, de que tuviéramos hijos. Comprendí por primera vez desde dentro de su mente el estupor con que recibió aquellas palabras mías, dichas sin énfasis, es cierto, pero no por ello menos brutales: "No somos una pareja. Somos dos personas a las que les gusta verse y se ven cuanto pueden, pero no somos una pareja". Muy racional, muy preciso, delimitando con prolijidad las cosas...

Evidentemente que siguiendo el camino de la tristeza no iba a llegar muy lejos en el experimento que me había

planteado para aquella mañana. Tenía que encontrar la manera de entrar en materia o dejar el asunto para otro día. Recurrí a una medida extrema: me serví una copita de jerez y me la tomé de un trago. Nunca bebo en la mañana. Pero dio resultado. Me relajé instantáneamente. Encontré de inmediato el humor para el apetito sensual. Ahora sí —aunque no sin esfuerzo— comenzaron a aflojar recuerdos más adecuados. Recordé a Luisa montándose en mi verga y, teniéndome así a merced de sus caderas, propinándome el relato detallado de lo que había hecho con el chico de aspecto indígena que viajaba en el ómnibus con ella ese mismo día por la mañana. Tenía talento narrativo Luisa. No sólo sabía dónde poner los puntos y las comas. Metía, por ejemplo, tanto detalle para describir el tugurio al que la había llevado el muchacho que yo terminaba por preguntarme si no me estaría contando algo verdadero. A mí me calentaba, por supuesto, pero más se calentaba ella. Cerraba los ojos e iba ronroneando momento a momento su relato hasta que un orgasmo de primera magnitud terminaba por cerrarle el pico.

Alcancé una gran erección, sumamente consistente, con ese nivel de hiperestesia en el que parece que nos sostienenmos en el aire. Masajeando la bellota entre el pulgar y el índice podía mantenerme en las alturas cuanto tiempo quisiera. Empuñando el tallo y dándole un par de tirones se produciría instantáneamente la descarga. Me paré, fui hasta el revistero, tomé el diario del domingo y lo abrí en el piso delante del sillón para recoger el producto de mis afanes. Entonces, masajeando sin apuro, con la verga vibrando y cabeceando como un caballo brioso, recordé la tarde del cumpleaños de su hijo, con la sala repleta de preadolescentes gritones y ella chupándome la verga en

la cocina entre paquetes de pre-pizza y botellas de Coca Cola mientras yo me esforzaba por apreciar, en el reflejo de un vidrio, si la puerta de la sala llegaba a abrirse. Luisa combinaba la paja y el chupeteo tratando de terminar con aquello en tiempo récord. También recordé cómo empezó aquello, cuando me paré delante de ella, que estaba poniéndole muzzarella a una prepizza, y bajé despacito el cierre de mi pantalón y ella me miró y dijo “No, ahora no”. Y recordé también cuando después al acabar en su boca inevitablemente dejé de espiar el reflejo en el vidrio y por suerte no pasó nada; y cuando ella intentaba meter la verga recién acabada pero todavía tensa en la portañuela y le dije “Esperá, lamela para que quede bien limpita” y lo hizo, resignada al desastre, y se dio el lujo de recoger un último goterón que rodó a último momento como una lágrima de despedida.

Entonces pensé “Y ahora está muerta”. Pero la excitación, el cosquilleo, el bailoteo en la cresta de la ola no cedió. Y pensé: “Muerta, muerta, muerta”, y no cedió. Y pensé: “Podrida y comida por los gusanos”. Pero parecía que no hablaba de ella. Ella seguía —madre puta— chupando y pajeando, con la boca abierta, pronta, lista para recibir, a un par de centímetros de la ranura excretora. Y entonces pensé: “Tu hijo adorado ya no te tiene, no quedan de vos más que unas pocas cosas en una caja guardada en el fondo del armario en el altillo”. Y pensé: “Ya no se acuerdan de vos tus compañeros de trabajo, ni tus pocas amigas, ni los hombres que te tuvieron. Estás muerta y enterrada y no sos más que huesos y piel correosa y pelo quebradizo”. Y nada, apenas se diluía el eco de mis pensamientos Luisa sin dejar de pajearme torcía la cabeza para chuparme los huevos, y lo que es peor aún,

dueña y señora de mi mente terminaba por zarparse e inventar un final delirante para aquella escenita de lujuria doméstica: se bajaba el pantalón, se apoyaba en el fregadero y exigía: "Metémela un poquito". Y por supuesto que yo se la metía, listo como estaba para cualquier cosa, y bastaba con que se la metiera para que me diera cuenta de que el chiquilín estaba ahí mirándonos, pero ella ya empujaba con las nalgas con toda el alma contra mi vientre y estábamos acabándonos.

Entonces sucedió, acabé. A tiempo le bajé la cabeza a la verga para que escupiera sobre el diario, y acabé empujando y empujando con el vientre, como debe ser cuando realmente uno ha conseguido vaciarse a fondo. Una belleza de paja. Doblé el diario y lo metí en mi portafolio. Me arreglé la ropa y destrabé el cerrojo de la puerta. Abrí la cortina de la ventana. El sol invadió la habitación. Volví a desparramarme en el sofá dispuesto a dormir una siestita, dejando para después las conclusiones.

### III

La conclusión a sacar era que en mi mente el recuerdo de los momentos de morbo sexual con Luisa era más fuerte que la conciencia que pudiera tener de su muerte, del hecho de que estaba temprana, absurda e irrevocablemente muerta. Esa conciencia no podía menguar la fuerza de esos recuerdos. Lo cual en principio me pareció bien. Aún cuando la muerte sea la verdadera Señora debemos actuar de manera tal que la vida, aunque sea ilusoriamente, la venza. Es más, pensé, en el caso de que

el pensamiento de su muerte avivara morbosamente el fuego del recuerdo eso también estaría bien. Porque sería como poner a la muerte al servicio de la vida. Con todo lo cual llegué a la decisión de dar a este insólito episodio —recordar a Luisa vertiendo en su memoria esas esencias a las cuales fuera tan afecta, al punto de desear que la impregnaran dando lugar a una nueva vida— por suficientemente asumido y valorado.

Sin embargo un par de semanas después Luisa reapareció. Fue al regresar de una deliciosa semana de vacaciones de invierno que pasamos Elvira y yo en Cuchilla Chata, nuestro balneario preferido. Es en vacaciones sobre todo, puesto que entonces estamos todo el tiempo juntos, que más me sorprende la posibilidad que tenemos con Elvira de estar siempre en perfecta armonía. Paseamos por la playa y por el bosque, escuchamos música, cocinamos juntos, leemos en voz alta, y nunca jamás hay un malentendido ni un roce. Es la primera vez en la vida que eso me sucede. Y realmente me digo y me repito que es un don del cielo encontrar una pareja con la que semejante íntimo convivir es posible.

Con Luisa, por ejemplo, las cosas eran muy diferentes. Luisa estaba convencida de que yo, en tanto intelectual era alguien carente de sentido práctico, y que, por consiguiente, necesitaba a mi lado a quien cargara con ese tipo de preocupaciones. Inútil explicarle que no era así y que sobre esa base no construiríamos una buena relación. Ponía empeño en demostrar el punto y con ello ocasionaba todo tipo de discusiones tan inconducentes como innecesarias. Que no afectaban por cierto el lado sexual de la relación. Luisa sabía muy bien cambiar de tema. En realidad si llegó el día en que tuve necesidad

de marcar los límites no fue porque nuestra sexualidad se hubiera desgastado: el plato seguía siendo tan bueno como siempre. Más bien que, no habiendo otro nivel de compromiso, simplemente me apeteció cambiar de plato y lo hice.

En fin... lo cierto es que Luisa reapareció. De la peor manera posible. Los sábados de noche vamos al cine. Es una costumbre de Elvira, que acepté sin mucha discusión, como ella aceptó costumbres mías. Normalmente vamos a las salas Alfa Beta, y buena parte de la diversión para Elvira es saludar conocidos en la cola. En el cine me aburro, no importa si la película es más o menos buena —tengo para mí que películas realmente buenas ya no se hacen—; a veces me duermo, discretamente; otras veces me dedico mentalmente a mis cosas. He llegado a salir del cine con soluciones para mis asuntos de trabajo prontas en la memoria hasta el último detalle, de modo que al llegar a casa las pongo por escrito sin el menor esfuerzo. Por supuesto que al salir del cine poco tengo para decirle a Elvira acerca de esa película que me pasó por delante sin verla. Mientras comemos una pizza y tomamos una cerveza me la explica en detalle, con tanta pasión que a veces para conformarla tengo que fingir que acepto que la maldita película tenía su lado interesante después de todo.

Elvira tiene una manera peculiar de ver cine. La mayor parte del tiempo no está con la espalda razonablemente apoyada contra el respaldo del asiento sino que está sentada casi en el borde, inclinada hacia delante, con los codos sobre los posabrazos y las manos entrelazadas delante del vientre. Parece como si más bien que viendo cine estuviera siguiendo con mucha atención una conferencia. Según ella así está más cómoda. Creo que así está más cómoda

porque así le duele menos la espalda. Estoy en campaña para conseguir que se haga tiempo para practicar natación. Lo cierto es que sentada así, a mí que sí me desparramo a fondo en la butaca, me es más fácil mirarla discretamente, sin que se dé cuenta de que la miro. Y la miro largamente. Me empalago con esa cosa infantil que hay en su perfil cuando está absorta, poniendo toda su atención.

No sé qué hubo en la película de aquel sábado que de pronto me remontó a la órbita erótica. No había nada explícitamente erótico. La malla de asociaciones en las que nuestra mente está empeñada todo el tiempo es infinitamente densa y parece como si casi cualquier cosa pudiera llevar a cualquier cosa. Lo cierto es que en determinado momento estaba yo con los ojos cerrados, frotándome disimuladamente el lomo del pene con el pulgar, y pensé “Hace tiempo que no te comés un culito”. El culito es el tipo de cosas que no hago con Elvira. Uno no puede vivir con alguien con quien se entrega a la exploración de las fantasías sexuales. No se puede compartir la cotidianidad, con lo que eso implica de serena ecuanimidad, con alguien a quien a cada tanto se le deja las nalgas rojas a fustazos o se le orina en la cara. Se necesita algo más que flema británica, más bien una cierta forma de locura para hacerlo. Uno tiene que ofrecer a quien comparte la cotidianidad una imagen serena, unívoca y confiable, no un atado de serpientes de todos los colores. Para eso están las amantes, y en última instancia, las prostitutas. Una esposa no es una amante ni una prostituta y no se la debe tratar como tal. El arte del matrimonio consiste en no pedirle al matrimonio lo que no puede dar.

A veces me pregunto, por supuesto, si ella no tendrá sus fantasías con el culito, y si no habrá aquel con el cual

eventualmente accedería gustosa a encararlas. No le habrán faltado ofertas porque lo tiene que es una pinturita. Pienso entonces que ella debe hacerse la pregunta simétrica (puesto que no se lo pido a ella, si no habrá aquella que me lo conceda gustosa), pero en el camino de estas preguntas no sigo adelante: no sirve para mantener en perfecto estado esa cosa que tenemos y que nos parece perfecta. De hecho, en realidad, sin confesármelo, lo que me imagino, mintiéndome obviamente, es que a ella ese tipo de cosas ni le pasan por la mente.

Invocados por la nostalgia acudieron a mi memoria deliciosos lances de esa índole. Dejé mi envoltura corporal aparcada entre aquellas filas de envolturas corporales assortas en el parpadeo luminoso de la pantalla y me alejé flotando cada vez más lejos en la corriente de los recuerdos. Hasta que de pronto, cortando en seco el fluir, nítido hasta el último detalle, con una nitidez que sólo puedo calificar de francamente insólita, si no de patológica, quedé frente al recuerdo del último encuentro sexual con Luisa.

Luisa de rodillas sobre mi cama, yo cogiéndomela por detrás, y frente a nosotros el enorme espejo de pared en el que nos vemos. Una imagen clara, nítida, llena de detalles, enorme, tan grande como la pantalla de cine que tenía delante, al punto de que, con los ojos cerrados, giré la cabeza hacia un lado y luego hacia el otro para abarcárla toda. Evidentemente la imagen recordada es tan amplia porque es una imagen en el espejo. Normalmente se recuerdan las cosas, especialmente los cuerpos como más acotados, más parcelados. El hecho de ser una imagen en el espejo le da una unidad, una integridad que el recuerdo evidentemente respeta.

Entonces hice lo que hice como si me lo hubiera pensando bien antes y lo hubiera decidido a conciencia, o quizá, más bien, como si fuera inevitable. ¿Inevitable? ¿Hacerse la paja en el cine inevitable? Tomé mi abrigo, que estaba sobre el respaldo del asiento vacío de adelante y me lo puse sobre el vientre. Elvira se volvió hacia mí.

—Tengo frío —susurré.

Oculta la operación por el abrigo abrí el pantalón y metí la mano por debajo de la franela del pantalón primero y luego por debajo del algodón del calzoncillo. El amigo estaba absolutamente en pie de guerra, pero las posibilidades de hacerme una paja eran muy limitadas. Apenas podía moverlo si no quería hacer evidente la cosa. Apenas podía emplear el pequeño movimiento de la mano que me permitía la muñeca inmóvil: eso sería todo.

Cerré los ojos. Me sumergí en la imagen. Luisa estaba furiosa. Ya habíamos decidido el final de la relación, pero yo sabía que bastaba con silbar para que ella viniera. Para lo que yo dispusiera. Como yo salía ya con alguien por entonces y quería tener las noches disponibles la llamé y le dije que viniera de tarde. Vino. La razón para la hora de la cita era evidente y sin duda la hacía sentirse humillada, aunque no dijo una sola palabra al respecto. Hablamos, ya no recuerdo de qué. Y después la llevé a la cama. Recuerdo su gesto. Estaba furiosa, porque no podía evitar hacerlo. Pero fue la última vez. Después se ve que se juramentó y no volvimos —ni volveremos— a vernos.

Furiosa se había montado sobre mi cuerpo y, seguramente que caliente por la abstinencia, se había acabado rápida, sumariamente diría. Entonces fue que la puse de rodillas frente al espejo. Recuerdo que su actitud de mal-humor apenas contenido me había irritado, y que lo que

quería era darmel gusto a fondo, fría y parsimoniosamente. Cuando me da por ese lado adquiero un dominio tal que puedo coger horas sin desfallecer. Le di desde detrás tanto y tan prolijamente que volvió a acabarse, mucho más profundamente que la primera vez. Creo —no, estoy seguro— que contra su voluntad. En realidad, conociéndola —y la conocía muy bien— diría que aquella tarde ella hubiera querido coger fría como un hielo y, por el contrario, estaba furiosa. Hubiera querido dejarme acabado sin acabar ella, a manera de desprecio, y, por el contrario, allí estaba yo, implacable como una máquina, y ella hecha un trapo.

Eran tiempos en los que sobre mi mesa de luz siempre había un pote de crema lubricante. La dejé con las nalgas para arriba y me acerqué a la mesa para embadurnarme la verga. Después volví y le abrí el culo con el pulgar lubricado. Ella tenía la cabeza enterrada entre las cobijas. Protestaba. Oí su voz sofocada por los trapos.

—Dale, rompeme el culo una vez más. Soy una puta —decía—. Si no fuera una puta no estaría haciendo esto. No le estaría dando el culo a un tipo que me desprecia.

Si en la oscuridad de la sala Elvira se hubiera vuelto hacia mí y me hubiera hablado en ese momento, cuando el recuerdo se iba profundizando, enfermo de detalles insopportables, hubiera gritado por el sobresalto. Abrí los ojos y la miré. Tenía una sonrisa en los labios. Algo era cómico en la película. Si me meneaba una vez más la verga sería la última, porque la tenía a punto de reventar. En realidad no quería volver a ese recuerdo que a la vez me calentaba y me dolía. Si el cine hubiera estado despoblado, como entre semana, hubiera tomado la mano de Elvira y, quebrando todos los protocolos de prolijidad

que cultivamos, la hubiera metido debajo del abrigo. Y estando fuera de mis cabales, como lo estaba, quizá la hubiera inducido a que me derramara sobre el piso, o a que me recibiera en la boca. Esto último es algo a lo que no se niega, pero a lo que no va por propia iniciativa. Ella inviste a ese acto de algo sagrado, eucarístico. Cuando se traga mi semen está siendo alimentada por mí con la Semilla de la Vida. O algo por el estilo. De manera que el régimen sobrentendido consiste en considerar ese modo como algo para circunstancias excepcionales de lo que hay que saber servirse con moderación.

Dadas las cosas como eran no tenía más remedio que regresar al recuerdo. Cosa que hice. Volví a oír las palabras recordadas, letra por letra, masculladas furiosamente:

—Rompeme el culo otra vez, dale. Soy una puta.

Se lo rompí, una vez más. Era una práctica bastante habitual entre nosotros. Recuerdo que después de la primera vez que lo hicimos tuvo la delicadeza de decirme que había sido su primera vez, cosa que me sorprendió dada su desenvoltura sexual, y que me explicó narrándome una sucesión de regocijantes intentos fallidos. Con los ojos mojados por las lágrimas que me arrancó la risa la abracé y le dije, como si le prometiera el cielo y las estrellas:

—Te voy a coger por el culo hasta domártelo, hasta que no te duela nada, hasta que lo tengas como una seda.

Hasta cierto punto había cumplido mi promesa. Y esa última vez, consciente de que podía ser la última —por separación, no por muerte, se entiende—, puse en la faena toda la saña. La agarré del pelo y la obligué a mirarme a través del espejo.

—¿Así la querés? ¿bien clavada en el culo? —le pregunté, apelando a retóricas banales, las habituales en el circo de la pseudocruedad.

En ese momento me di cuenta de lo que había en su mirada. Hubiera tenido que ser ciego para no verlo. Había furia, pero no sólo furia. Había además desesperación. Debí de haber parado. Debí de haber hablado en ese momento con ella. Haberle dicho cosas que la ayudaran a elaborar bien la separación. Pero si hay algo sagrado para mí en el mundo es el placer sexual. Él viene primero y lo demás viene después —y si no viene que no venga. Es un axioma que no discuto conmigo mismo, sean cuales sean las circunstancias.

—Tomá, te lleno el culo de leche, putita —le dije y me vacié en sus entrañas sin dejar de obligarla a mantener su mirada en la mía. ¿Qué veía ella en ese momento en mis ojos? Seguramente que nada más que una volubilidad fría y cruel.

Alcanzado el clímax del recuerdo ya no pude retener la acabada. Para evitar males mayores devolví al amigo bragueta adentro y liquidé la faena frotándolo por encima del pantalón. Me vacié regodeándome en la imagen en cinemascope de la monta pero sin poder eludir ni por un instante su mirada desesperada. Fue precisamente en el momento en que me dejaba ir que, clara y distinta, apareció en el horizonte de mi conciencia, como un gran luminoso de neón la siguiente idea: “Este culo que me dio tanto gusto fue lo primero que se comieron los gusanos”. Vacío, quedé flotando entre dos aguas, unas dulces, las otras amargas, casi inconsciente. Me despertó un beso en la mejilla.

—Roncaste —susurró Elvira.

## IV

Los simulacros de violencia y maltrato, de más está decirlo, forman parte del menú de numerosas parejas de amantes. Por más intensos que sean se sabe siempre que se está del lado de la parodia. No pocas veces habíamos incurrido con Luisa en momentos semejantes. Pero aquel día, aquel último día ella no estaba en condiciones de vivirlo como parodia. La desesperación que vi en su mirada me decía a los gritos que lo estaba viviendo como la expresión del desprecio que supuestamente sentía hacia ella y que me había llevado a poner los puntos sobre las íes de nuestra relación y, finalmente, a darla por finalizada. En esa desesperación vi también que, más allá de la intención que trajera de permanecer fría, la movía la secretísima ilusión de que este nuevo encuentro significara, de alguna manera un giro inesperado, una salvación de la relación en el último minuto.

Y sin embargo ignoré su mirada. Me entregué a mis hábitos de placer ignorando sus sentimientos. Seguramente porque se dio cuenta de ese egoísmo supremo es que aquel encuentro fue el último. Decidió cortar definitivamente las amarras, y con eso inició la deriva de vida, al final de la cual iba a encontrarse con las absurdas circunstancias en las que la esperaba la muerte. Al establecer esta cadena causal ¿me sentía responsable de su muerte? Ciertamente que no. Nada especial que yo sepa hubo en su vida porque yo ya no estuviera. En su momento no me había sentido responsable de la quiebra de sus ilusiones respecto de la relación —yo nunca había abonado esas ilusiones, antes bien al contrario— y después no me sentí responsable de que mis actos, o más bien mi ausencia, la hubieran lleva-

do en la minucia de la vida al carril fatal. ¿Que yo podría haber sido más delicado aquel último día? Para empezar: yo no sabía que sería el último. Para continuar: se puede argumentar que cuando una relación esta destinada a concluir cuanto antes sea el final, mejor es.

Salimos del cine. Yo en realidad, como se comprendrá, muy relajado, pero asegurando que me sentía muy cansado, que quizá estaba incubando un resfrió. Lo que me preocupaba, por supuesto, era que siendo sábado debido al gasto inesperado no estuviera en condiciones de rendir el débito conyugal. Elvira, solícita como siempre, me preguntó si quería salir a cenar fuera o si prefería volver ya mismo a casa. A Elvira le encanta la pizza, aunque sólo se permite comerla una vez por semana. Es un corazón simple y estoy seguro de que uno de los atractivos del fin de semana para ella es salir a comer pizza, sobre todo ahora que hemos dado con una pizzería como la gente. De manera que un rato después estábamos sorbiendo de nuestros chopp, perdidos en nuestros pensamientos. Yo me preguntaba si tendría sentido contarle a Elvira acerca de la reaparición postmortem de Luisa —omitiendo toda indecencia, por supuesto. No, no tenía ningún sentido hacerlo. Para semejante historia está el consultorio del psicólogo. No el cónyuge. El matrimonio, pensé, es antes que nada una cuestión de lograr la distancia justa.

Cuando Elvira se pone en plan enfermera es realmente adorable. Me ayudó a desvestirme como si estuviera yo al borde del colapso. Por supuesto que secuestré discretamente las pruebas de la infamia —el calzoncillo aún húmedo. Me preparó un té de hierbas que según ella me cortaría el resfrió, haría por mí la digestión y me obligaría a conciliar el sueño. Al inclinarse para arroparme

y darme el beso de buenas noches, generosamente escotada, me presentó los senos, arteramente adornados con puntillas. Le dije que se acercara, que quería olerle los pechos. Se acercó hasta ponerlos justo encima de mis narices. Inspiré hondo. Elvira es la única mujer que haya conocido en mi vida que no necesita perfumes. Su piel es naturalmente fragante, con una fragancia que ni el más genial perfumista podría imitar. Lejos de mí la intención de describir su olor. Baste con decir que no es solamente delicioso sino que además es excitante. Le pedí que liberares los pechos. Se desabotonó la camisa y replegó hacia abajo las copas del soutiens. Volvió a ponerme los senos al alcance de la nariz... y de la boca. Lamí los pétalos sintiéndolos endurecerse. Orgullosamente comprobé que Elvira es en mi vida un ancla de profundidad a la que ni las más furiosas tormentas consiguen desplazar ni un solo centímetro. Del súculo ni noticias. Tiene bien claro que si tiene chances es agarrándome en solitario. Ese domingo me desperté pasado el mediodía.

## V

Pero Luisa volvió al ataque enseguida, el lunes mismo, en la oficina, en esas peligrosas horas de pasado el mediodía. Mi intención era reflexionar sobre la extraña experiencia que estaba viviendo. La insólita situación del sábado de noche era ya demasiado. Un poco presionado porque esa evaluación me parecía que no admitía la menor demora creo que escogí mal el momento para llevarla a cabo.

Mi escritorio está junto a un ventanal al que a esas ho-

ras se asoma el sol, calentando precisamente allí donde está mi sillón. Relajado en la modorra digestiva, acariciado por el dulce sol invernal, estaba ya disfrutando de una deliciosa semierección cuando me dispuse a razonar el asunto. Pero sucedió que resbalaba sobre el tema en cuestión como sobre una rampa enjabonada. Amodorado divagaba variaciones en torno al argumento según el cual Luisa como amante había sido maravillosa, y que la desgracia había sido que eso no le alcanzara y quisiera ser además, a la vez, otra cosa, cuando de repente, sin previo aviso me encontré del otro lado del espejo, atrapado otra vez en un recuerdo de una nitidez alucinante.

Cada vez la nitidez de los recuerdos concernientes a Luisa era mayor. En mi vida me había pasado algo así. Era como si hubiera ingerido alguna droga que liberara completamente la memoria. Comenzaba a sentirme prisionero de una mecánica que me empujaba a volver a vivir aquellos momentos cada vez con mayor intensidad.

Un día que íbamos a vernos, Luisa me llamó antes y me dijo que esa noche no podía verme pero que para consolarme iba a mandarme una puta. La ideita venía como consecuencia de que en cierta oportunidad en que nos habíamos entretenido confesándonos cosas yo le había dicho que nunca había estado con una puta y que en el fondo veía eso como una carencia en mi experiencia sexual. Por supuesto que no le creí que fuera a hacer lo que anunciaba. Por seguirle el juego le pregunté qué servicios prestaba y cuánto cobraba la fulana. Respondió que el servicio era completo y dijo un precio —muy bajo, por cierto.

—Pero ¿qué tipo de furcia me vas a mandar? ¿una tro tacalles? —pregunté, fingiendo alarma.

—Para nada. Ya la vas a ver. Parece toda una dama —respondió con tonito de conspiración divertida—. Y no te olvides de que cobran antes.

Cuando esa noche abrí la puerta por supuesto que ahí estaba Luisa disfrazada de puta, de puta canónica, de almanaque, de vodevil parisino. Debo decir que Luisa era grande de cuerpo y de rasgos faciales duros, no masculinos, pero duros, propios de gente de armas tomar, que es lo que ella era. Y tenía una notable propensión al sarcasmo, que siempre estaba rondándole los labios. Su máscara entre dura y sarcástica iba de maravillas con el disfraz: con los tacos altos, las medias caladas, la faldita de cuero negro, el suéter reapretado, la carterita de colgar, el pañuelo rojo en el cuello, los labios espesamente pintados color sangre. Cuando abrí la puerta tenía hecho con el chicle un globo que le tapaba media cara. Hizo reventar el globo y con lengua hábil lo recogió y lo guardó en la boca.

—Buenas noches —dijo, ronroneando tan tiernamente como puede ronronear un cocodrilo.

Estaba metida en el rol. Podría haberse cagado de la risa al ver mi cara entre divertida y desconcertada. Pero no. Más bien me miraba como si se estuviera preguntando qué me pasaba, si me dolía la barriga o qué. Me hice a un lado para que pasara. Siempre fui de reacción lenta, y no se me ocurría nada para decir, de manera que finalmente fue ella la que habló.

—¿Puedo sentarme? —preguntó—. Me matan estos zapatos nuevos.

Se sentó y se masajeó haciendo girar el tobillo. Yo la miraba fascinado. Juro que en su mirada no había duplicidad alguna. Estaba hasta el cuello en el rol. Me parecía estar viendo en escena a una actriz que conociera en la

vida cotidiana: a la vez la reconocía y me tragaba el personaje completo con espinas y escamas.

—Disculpe —preguntó— ¿hay algún problema?

—No, ninguno. Pero le confieso que es la primera vez que estoy con una... profesional.

—Siempre hay una primera vez —dijo desde detrás del humo del cigarrillo que acababa de encender—. No se preocupe. Es fácil. Se empieza pagando.

Otra vez estuve a punto de reírme. Parecía una puta sacada de una novela negra. Saqué la billetera, conté los billetes y se los puse en la mano. Los contó a su vez y los guardó.

—¿Vamos al dormitorio? O nos quedamos aquí —preguntó mirando en derredor, como buscando un lugar adecuado.

Fuimos al dormitorio. Yo tenía allí la mesita con el vino blanco en hielo. Serví. Luisa se bajó de los zapatos altos con un suspiro de alivio. Brindamos y bebimos un sorbo.

—Bueno, usted dirá —dijo en un tono que le salió un poco demasiado expeditivamente “profesional”. Lo corrigió acercándose hasta rozarme con los pechos y los muslos y susurrando, muy putona—: ¿O querés algunos mimos para ponerte en forma?

Olía a colonia barata, el rouge tenía un olor dulzón insopportable, pero sus dedos danzaban sobre mi pubis con una destreza que no le conocía. ¿Se habría asesorado con gente del métier? Era perfectamente capaz, por cierto. De hecho ella misma me había dicho en uno de sus monólogos indecentes, mientras me cabalgaba, que si un hombre le dice a su amante que no sabe chupar la pija es perfectamente legítimo que esa amante, si es responsa-

ble y dedicada, se busque quien le enseñe el antiquísimo arte. Lo cierto es que con un jueguito raro y novedoso de sus largos dedos me tuvo rígídísimo en menos de lo que canta un gallo. Razoné que a veces imponemos rutinas que impiden el desarrollo de la creatividad. Se sentó en la cama, se sacó el chicle de la boca, estirándose lo dejó sobre la mesa de las bebidas, bajó el cierre de mi pantalón y sacó afuera al amigo.

—Uau —hizo apreciativamente, como si recién lo conociera y le cayera de maravillas.

Desnudó el glande y acercándose lo tocó con la punta de la lengua, como si estuviera probando el sabor.

—Mmm —hizo, aprobando sin reservas. Y me miró haciéndome tal carantoña de puta mimosa que estuve a punto de soltar la carcajada. No lo hice. Entendí que tenía que respetar su esfuerzo también porque —lo intuí en ese momento— no lo hacía sólo por y para mí. Volvió a tocarlo con la punta de la lengua con la consecuencia de que hizo brotar la lágrima de lubricación.

—Mmm —hizo otra vez—, me parece que vamos a divertirnos mucho juntos —le ronroneó al tuerto.

—Pero antes —la corté entonces, tomando el control de la situación—, antes quiero que me des un aperitivo.

—¿Ah, sí? —dijo encantada de verme entrar en el juego—, y ¿qué te gustaría como aperitivo?

—Que te hagas una pajita para mí.

Levantó las cejas, sorprendida. Sólo una vez, al comienzo de la relación se lo había pedido.

—La paja, lo que más me gusta. Qué buen gusto tenés, papito —dijo no sin un granito de ironía en la voz—. ¿Cómo la querés? ¿Paradita, así? —preguntó parándose a la vez que metía una mano por debajo de la faldita y lue-

go por debajo de la bombacha, empezando a masajearse el pubis y a balancear las caderas.

La dejé pajearse así, con los ojos entornados, todo el cuerpo ondulando al son de la caricia. Después dije:

—Acostada.

Se sobresaltó un poco al oír la orden. Sospecho que, contra las reglas del oficio, realmente lo había estado disfrutando. Tomó su copa de vino y la vació de un trago. Entonces se sacó el suéter. Sorpresa: tenía un soutiens negro de puntilla con aberturas por las que asomaban los pezones. Se sacó la faldita de cuero. Las medias caladas eran hasta medio muslo y estaban sostenidas con ligas rojas. La tanguita negra era exigua. Se tendió de espaldas sobre la cama y abrió las piernas. Sorpresa: la tanguita tenía una abertura en el lugar adecuado para permitir el acceso a ambos orificios. ¿Había ido a un sex-shop a comprar los accesorios? ¿los había confeccionado ella misma? ¿se los había prestado alguien del métier?

No voy a tratar de narrar la paja salvaje que se hizo. Terminó con dos dedos de la mano izquierda a manera de gancho hundidos y tironeando de la vagina y con la derecha frotando la comezón como si quisiera sacarle chispas. Cuando el orgasmo llegó se arqueó como si la cama estuviera en llamas. Cerró los muslos apretándose los dedos, rodó de costado y quedó exhausta, inerte en posición fetal.

Por supuesto que aquello había tenido poco que ver con las contorsiones de repertorio de una honesta trabajadora del sexo. Puesta a pajearse se le había ido la mano y se le habían borrado los límites del rol, y ni supo ni seguramente quiso frenarse.

Le separé las piernas y exhausta como estaba la penetré.

A esta altura del recuerdo no pude más. Incapaz de pajearme sentado en mi escritorio fui al baño y acabé en el lavabo. Por más que llegué hipererecto tuve que trabajar duro para soltar el semen. Mi imagen en el espejo —ceñudo, con un gesto de disgusto en los labios— me impedía reconectarme con el recuerdo. Darse gusto está bien, siempre, pero caer en una compulsión como en la adolescencia me disgustaba. Y mirarme haciéndolo era demasiado. Al soltar la primera descarga, en lugar de disfrutarla, me dije: “Aquí estás, boludo, otra vez pajeándote a costillas de la muerta”. Sentí que los recuerdos incontrolables de la relación con Luisa realmente me tenían prisionero. Me sentí mal, y en toda la tarde no pude recomponer el ánimo.

C A S A E D I T O R I A L

H

II  
VI

M

Pasé la tarde en la abulia, balanceándome en mi sillón giratorio, la vista perdida a través de la ventana sobre un paisaje de azoteas y cielos grises. Sea como sea que se la consiga una buena acabada deja una pléthora de energías y de buen humor, y una mala acabada deprime física y anímicamente. Ésta había sido una mala. Me había dejado la sensación de algo sórdido y amenazador. La erección no cedió —más que una erección era una verdadera irritación—, perduró largo rato, a punto tal que llegué a considerar la posibilidad de volver al baño.

Algo andaba rematadamente mal en aquel efusivo recordar a Luisa. Cuando ella murió había llorado su muerte absurda e injusta, había meditado dolorosamente

hasta el hartazgo acerca de la verdad inútil consistente en que si no nos hubiéramos separado ella no estaría muerta —o sí, porque ¿quién sabe el contenido real de las posibilidades no realizadas? Había sorbido gota a gota la amarga idea de que yo había sido la posibilidad de felicidad —tal como ella la concebía— que la vida le había dado y de que esa posibilidad no se había realizado —aunque sí se habían realizado las infinitas horas de placer que compartimos. Etc etc etc. Y estaba convencido de que aquellos dolores y aquellas meditaciones sombrías habían sido duelo más que suficiente. Sin embargo Luisa había regresado de entre los muertos para imponerme esta especie de matrimonio postmortem, secreto y saturado de morbosidad. Sus recuerdos me excitaban de una manera diría que hipnótica y cuando estaba a punto de alcanzar el placer al que me empujaban irresistiblemente, la idea de su condición actual de despojo mortal venía a envenenar —aunque no a impedir— la fiesta.

Repto: no tengo nada contra una buena paja recordando un momento especial, la considero parte de la experiencia completa de ese amor, amorío o lo que fuere. Un buen recuerdo se merece el homenaje de una buena paja. Pero tenía la impresión de que con la rememoración de Luisa estaba como entrando en una especie de cosa compulsiva, inevitable, rutinaria. Como no creo en fantasmas ni en súcubos realmente no encontraba una explicación. Porque pensar que era mi psíquis la que me estaba jugando una mala pasada —castigarme por supuestas culpas en relación a Luisa— no me parecía tampoco una buena explicación: nunca he sido propenso a culpabilizarme. No soy capaz de recordar una sola conducta mía en la que haya detectado jamás

el sentimiento de culpa como motivador. Sé que esta afirmación tajante es en sí digna de sospecha, pero concédaseme por lo menos que la convicción con que la hago tiene algún valor de prueba. Pero entonces ¿qué? La conclusión a la que llegué aquella tarde fue de que simplemente estaba haciendo una especie de pequeña regresión sin importancia, algo así como caer en una especie de nostalgia de los placeres de la primera adolescencia, a la que me entregaba blandamente y para la cual me servía de las delicias del recordar a Luisa —imprudentemente, ya que no tomaba en cuenta que Luisa era en mi memoria dulzuras excitantes pero también territorio minado por la tristeza y por la muerte. Llegué pues a la conclusión de que bastaría con la voluntad de no ceder a la marea de recuerdos y voluptuosidades y aquello se iría desvaneciendo hasta desaparecer.

Los días pasaron sin que pudiera ejercitarse esa voluntad. Mis razonamientos parecían haber conjurado el maleficio. No cambié ninguna de mis rutinas, por supuesto, pero estaba todo el tiempo atento y hasta un poco tenso en espera de una emboscada, de que alguna asociación azarosa me hiciera aterrizar en algún recuerdo que disparara una vez más la irresistible cadena volúptuosa. El desánimo en que caí aquella tarde tampoco cedió fácilmente. Elvira no dejó de notar mis humores extraños y se preocupó, rodeándose de mimos y cuidados. En la cópula del miércoles lo que yo tenía en la cabeza era agotar lo más posible mi sensibilidad sexual. Por supuesto que estaba muy mal utilizar el momento de Elvira con segundas intenciones, pero verdaderamente era importante para mí salir de aquello y creo que si hubiera podido hablarlo con Elvira ella hubiera comprendido. Tal como

estaban las cosas absorbió cuanto pudo de mi exacerbada pasión hasta que llegó el momento en que después del segundo orgasmo me pidió que no siguiera porque al otro día tenía que trabajar temprano.

Pasó una semana y luego otra y el súculo no regresaba. Hasta que dejé de estar atento esperándolo, lo cual me pareció síntoma evidente de que la cosa había quedado definitivamente atrás.

## VII

Pero llegó el día en que volví a pensar en ella. Al pasar frente al Museo Blanes recordé aquella tarde de las palabras definitivas. Nos habíamos dado cita en el Jardín Japonés. Era el momento de las explicaciones y no quiso recibirme en su casa. Sabía por experiencia que a solas me saldría por la tangente, la apretaría y haría con ella lo que quisiera. Mi juego era ese: ahora que había proferido el horrible “no somos una pareja” lo que yo pretendía era seguir adelante con la relación, tal y cual, pero en régimen asumido —por ella— de no exclusividad.

Luisa se había vestido con toques coquetos y femeninos —una blusa con cuello de puntillas rosadas, mariposas azules en el cabello—, cosa inusual en ella, mujer pragmática y activa poco dada a preocuparse por su aspecto más allá de lo estrictamente necesario. Incongruentemente se había pintado los labios —cosa que casi nunca— con un color violáceo, medio punketa. Es decir: estaba medio disfrazada. Para completar, el rictus amargo que desde hacía un tiempo me ofrecía, afloraba ahora en

su rostro de una manera intensa y cruda. La primavera se anunciaba y el Jardín era el lugar adecuado para tomar nota. El sol entibiaba la piel pero el aire que respirábamos todavía estaba frío.

—Te entiendo perfectamente. No sos hombre de un sólo plato. Pero no puede ser como vos querés, porque estoy enamorada de vos y todo el tiempo tengo ganas de verte.

Yo le había dicho que todo estaba bien con ella, que me sentía con ella tan bien como la primera vez, pero que necesitaba más cosas y que por eso teníamos que romper nuestra rutina de vernos las noches de los martes, los jueves y los sábados y empezar a vernos cuando realmente tuviéramos ganas y tiempo.

Las contradicciones que se cocinaban en el almita de Luisa me daban la más profunda de las ternuras. En la cama dos por tres me salía con sus monólogos indecentes en los que me contaba de un nuevo amante imaginario o de cómo iba a conseguir que se me entregara su compañerita de trabajo, pero la posibilidad real de que yo tuviera otras la angustiaba. Casi podía oír sus pensamientos oscilando entre por un lado romper todo en un todo o nada, y por otro lado aceptar mi postura, disfrutar lo que hubiera, en la esperanza de que pudiera compartir con ella mis experiencias y ella conmigo las suyas, y de que, eventualmente, en el futuro viera las cosas de otra forma. Estaba tentada, la tentación seguramente le humedecía las partes secretas. Creo que nunca que encaráramos coger la encontré seca ahí abajo. Nunca. Hubiera bastado con que yo abandonara mi actitud distante y activa y le hiciera unos mimos y unas promesas. Pero no lo hice. No sé por qué. Como tantas veces en mi vida estaba obsti-

nado en conseguir imponerme incondicionalmente y sin antestesia. ¿Por qué así? Porque sí, porque es lo que yo me merezco.

—No puedo —dijo.

—Qué lástima —dijo—. Porque lo que tenemos está bueno ¿o no?

—Estaba.

Entonces me miró como cuando se mira por última vez. Como ya conté nos vimos una vez más pero ella en ese momento, en el Jardín Japonés, después de que me dijo “estaba”, me miró como se mira a alguien por última vez. Y vi en sus ojos toda la tristeza que puede haber en los ojos del que siente que de pronto toda su vida es un enorme vacío. También en ese momento podría haberle dicho algo. Mitigar ese dolor. No lo hice. No quise que ella volviera a la ilusión de que éramos una pareja y que íbamos hacia algo como vivir juntos, casarnos, tener un hijo, o lo que fuera. Era mejor así: o como yo lo quería o nada.

## VIII

Ese fue un recordar fugaz. Un par de minutos. Al bajar del ómnibus unas cuadras más adelante las imágenes del recuerdo ya se habían borrado y sólo quedaba un hilo, una baba de melancolía. Misma que vaga y difusa pero todavía estaba allí cuando llegué a casa esa noche. Era miércoles y Elvira me esperaba fragante y amorosa. Nos abrazamos y en el beso, con la punta de la lengua, me telegrafió el mensaje esperado. Había preparado un pas-

tel de zapallitos, que le queda delicadísimo de sabor y liviano como una nube.

No tengo palabras para describir el alborozo de mi corazón cuando la vi salir del baño con un flamante baby-doll cremita, destinado a sorprenderme en la ocasión. La generación de mi madre debe haber sido la última que utilizó semejante prenda. A saber de dónde lo sacó Elvira. Se quedó un momento parada delante de la puerta del baño para que al trasluz pudiera comprobar que debajo no tenía nada. Es el tipo de inocente picardía conyugal que Elvira disfruta. Nos abrazamos bajo el acolchado y nos arrullamos con palabras dulces. Entonces, con sorpresa e inquietud comprobé que —cosa que nunca antes— el alborozo de mi corazón no conseguía respuestas al sur de mi cuerpo. Me llené la mano con su sexo y con el dedo medio abrí los labios y penetré en el recinto cálido y húmedo. Elvira suspiró y me besó con toda la boca, pero increíblemente no había respuesta.

Traté de disimular la situación. No debí hacerlo. En realidad no era necesario. Debí decirle de inmediato lo que pasaba y ella hubiera olvidado su decepción consolándome. Pero, quién sabe por qué, seguí adelante. Le arremangué el baby-doll hasta el cuello, que es la manera como se procede con dicha prenda, y le comí las tetas, tanto y con tanta vehemencia que las consecuencias en ella comenzaron a volverse críticas. No así en mi cuerpo. Me sentía lleno de ternura y pasión pero no podía entrar en erección. Bajé a comerle el conejito. Acepta esta caricia pero no sin dejar en claro su disgusto esbozando resistencia, razón por la cual no incurro a menudo. De hecho no es que no le guste, hay un momento a partir del cual se relaja y lo disfruta, y no ha faltado ocasión

en que así la he llevado hasta el orgasmo —cosa que le produce tanta vergüenza que después esconde la cara. Es una especie de negativa de principio más bien, simétrica de la que muestra en relación con la felación. Creo que piensa que si la relación se sale de un cierto formato muy convencional arriesga despeñarse en la decadencia y la desintegración. En el fondo es lo que yo mismo pienso, pero exagera un poco para mi gusto.

Como quiera que sea, le comí el conejito. Era la única manera de ganar tiempo que tenía a mano y con ese objetivo fui meticuloso en la tarea, confiando en que en cualquier momento me desbloquearía. Tanto hice que dejó de resistirse y empezó a abrirse. Pronto la tuve abierta de par en par, gimiendo como un bebé pero respondiéndole a conchazos a cada lamida. No tardaríamos en llegar hasta el final. Quizá eso me permitiría disimular definitivamente la situación. Redoblé mis esfuerzos, pero entonces dijo decididamente “no” y tomándose del pelo tironeó hacia arriba pidiendo la cópula. Sólo me quedaba dejar de fingir. Ella lo entendería. Fue en ese momento, tironneado del pelo, con media lengua todavía lamiéndole las paredes de la vagina, que hice lo que a menudo le hacía a Luisa, que recibía el mimo con delicia, pero que por cierto nunca le había hecho a Elvira: lubriqué el dedo medio en la concha y se lo hundí en el culo.

Lo hice inconscientemente, no pasó por la supervisión de mi conciencia. No sé cómo se me pudo haber ocurrido semejante cosa. Me consta que subsumido en ciertos estados de delicia uno puede padecer momentáneas confusiones. ¡Pero no hay conchas más diferentes ni en la textura ni en el olor que la concha de niña de Elvira y la concha trajinada, guerrera de Luisa!

El culo de Elvira era el más apretado que hubiera calado en mi vida. Su cuerpo se cerró de punta a punta instantáneamente. Soltó un grito de dolor y de sorpresa. Entonces, en vez de retirar el apéndice y rogarle que me perdonara por la intrusión, se lo hundí más. Contuvo la respiración, gimió como si lo que le hundiera fuera un puñal. Yo estaba consciente de que aquel asalto la sorprendía tanto como si en sus brazos me hubiera convertido en lobo, pero mucho más consciente estaba de que ¡Bendito sea Dios! allí estaba mi erección, completa y rampante. Cerré su boca con la mía y le hundí la verga hasta la matriz.

En algún lugar de mi mente algo me gritaba que actuando así estaba poniendo en riesgo nuestra relación, pero ese lugar de mi mente no era el que estaba al mando en aquel momento. El que estaba al mando estaba decidido a violar a Elvira. No a tratarla como a una puta, porque a una puta se la respeta: si no quiere, no quiere. En cambio lo que yo estaba haciendo era tratarla como se me antojara prescindiendo de su voluntad. Junté sus muñecas en mi puño izquierdo, le tapé la cara con el baby-doll y me la cogí de la manera más desconsiderada. Lo soportó callada. No sé si de tan desconcertada o por pura disciplina conyugal. Tuvo un orgasmo, supongo que no lo pudo evitar, pero después quedó laxa, simplemente dejándose hacer. Supongo que por su rostro oculto por el baby-doll rodaban las lágrimas. Cuando no pude sostener más aquella máquina saqué la verga y me vacié sobre su vientre y sobre sus pechos. Nunca le había hecho semejante cosa. Es el trato que se da, que le doy a quien soy capaz de convertir en puro objeto de placer, o sea: a quien es capaz de darse como puro objeto de placer.

A una amante. A una cómplice en el exceso. A Luisa, por ejemplo. A Luisa, concretamente.

Cuando comprendí lo que había sucedido —me había cogido a Luisa en el cuerpo de Elvira— me derrumbé a su lado ocultando el rostro. “No puede ser. No puedo haber hecho semejante cosa” pensaba y me repetía una y otra vez. Elvira sin decir palabra se levantó y fue al baño. Se bañó y volvió a la cama con su pijama habitual. Se acostó a mi lado, me dio la espalda y se quedó inmóvil, como si durmiera.

## IX

C A S A E D I T O R I A L

En el desayuno se comportó exactamente como si no hubiera pasado nada. Buen humor y mimos. Pero ¿podía no tener in mente su culito mancillado, un poco lastimado probablemente? Conversamos, como siempre, acerca de lo que estaríamos haciendo durante el día. En determinado momento la senté sobre mis rodillas y la miré a los ojos. Ahí sí: a quemarropa vi que en el fondo o en el trasfondo, en algún lugar de su mirada había algo que se guardaba. Lo disimuló enseguida, y el beso tuvo el mismo sabor de siempre. “Malo” pensé “es malo que se lo guarde, que se lo trague”. Pensé en pedirle perdón, en aducir un “rapto de locura”. Pero no era el momento ahora que tenía que vestirse para irse a trabajar. Además, semejante explicación ¿serviría para disiparlo todo o sería para peor? Ese rapto de locura se convertiría para ella en la parte visible de un iceberg cuyas proporciones sumergidas desconocería. Ese agujero negro en su saber de

mi persona terminaría corroyéndola. No, lo mejor era o bien decirle la verdad y pelear juntos el partido —cosa que no pensaba hacer porque como dije la esposa no es la persona adecuada para mostrarle nuestros demonios—, o bien dejar que el tiempo trajera el olvido. Pero ¿olvida alguna vez una esposa la experiencia de haber catado el lado oculto de la personalidad de su marido?

En cuanto se fue a trabajar y me puse a analizar lo sucedido me vino un verdadero ataque de pánico. ¿Cómo pudo suceder semejante cosa? ¿Cómo pude perder así no sólo el control sino además el sentido de la realidad? Pero sobre todo ¿qué, exactamente, fue lo que sucedió? ¿Por qué la impotencia? ¿Por qué la potencia recuperada a semejante precio? Me sentía desconcertado y sin el más mínimo asomo de explicación para lo que sucedía. O bien tenía que empezar a creer en que los estados de posesión existen, o sea que existen los espíritus y que pueden colonizar nuestras mentes y nuestros cuerpos, o bien tenía que empezar a creer que de manera absolutamente subrepticia, sin darme cuenta de ello en absoluto —lo cual supongo que es absurdo— elaboré una culpa enorme en lo concerniente a la relación con Luisa y quizá también a su muerte, culpa que de golpe y sin aviso comenzaba a llevarme a conductas autodestructivas. Menudas perspectivas, tanto una como la otra.

¿Qué hacer? ¿Buscar ayuda profesional? Ni hablar. Soy incapaz de semejante cosa. Lo que hiciera sería consecuencia del diálogo conmigo mismo. Lo primero era asumir que estaba en situación de peligro, de riesgo. Lo que sucedió en el cine o la noche anterior con Elvira eran cosas con un importante potencial de daño. Lo primero que se me ocurrió fue buscar a alguien en quien radicar, en quien

volcar la fantasmagoría de Luisa. Conseguirme un cuerpo vicario en el que descargar como en un pararrayos todo lo concerniente a Luisa, que como quiera que sea me ha estado envenenando la vida, de tal manera que ya no irrumpiera más en mi sagrada cotidianidad con Elvira. El problema de semejante solución es, por supuesto, que las amantes, en especial las verdaderas amantes, las cómplices, no crecen en los árboles. No podía recurrir a ex amantes, por supuesto. Cada relación es, de más está decirlo, peculiar, y tratar de recalentar alguna aportando hábitos nuevos, perfiles de comportamiento nuevos —los que tenía con Luisa— no era, obviamente, ninguna buena idea. Entonces ¿qué? ¿Buscar la otra ayuda profesional? ¿Buscarme una prostituta que me gustara lo suficiente como para frecuentarla di-gamos semanalmente y que se amoldara a mis necesidades? ¡Qué engorro! ¿Por qué semejante matete tenía que venir a perturbar un matrimonio del que lo menos que podía decir era que había moderado mis hábitos trayéndome la paz de espíritu y la armonía a la que todos siempre aspiramos? En todo caso de lo que estaba convencido era de que Elvira no debía ser el fusible de la situación.

Ni yo dije nada ni Elvira dijo nada. Seguimos la vida como si nada. Sabiendo que había una cosa no dicha pero decididos a no decirla. A cambio redoblamos las demostraciones amorosas. Y cuando el sábado el ritual copulatorio retornó a su cauce habitual aquella noche de tormenta comenzó realmente a conocer el olvido. De más está decir con qué nervios llegué ese sábado al abrazo conyugal. No sabía si no volvería a saltar Mr. Hyde a la palestra. Felizmente no sucedió y el abrazo cálido y luminoso, el fluir armonioso en el que el común orgasmo se disuelve apaciguó con su delicia nuestras almas.

Luisa regresó. Una y otra vez. Pero yo había aprendido la lección. Me sentía amenazado y estaba dispuesto a resistir. Apenas un recuerdo vinculado a ella asomaba la nariz —cosa que sucedía por supuesto cuando estaba solo— yo huía despavorido en busca de situaciones en que el acoso fuera imposible. Por la noche tomaba té de tilo concentrado para dormirme más rápido. Me sentía como viviendo en una ciudadela sitiada, pero estaba decidido a fumigar mi memoria para liberarme del virus Luisa. Una mañana en que estaba en mi escritorio trabajando a solas me asaltó el recuerdo de una de nuestras performances más desaforadas. Con la entereza de un estoico y sin más trámite fui al baño y procedí a evacuar friamente la semilla, mirándome a los ojos con fiereza, desafiándome a atreverme a pensar en ella. Es lo que llamó estar en actitud de fumigar. Santo remedio.

H

U

M

X

De todas maneras toda aquella tensión y confusión no habían sido en vano: comencé a mostrar signos de declinamiento, por no decir de depresión, lo suficientemente visibles como para que Elvira los notara y se preocupara. Multiplicó sus ternuras para conmigo. Sin mucho resultado, porque debo reconocer que para los estados de ánimo, especialmente para los negativos soy decididamente obstinado. Llegó el momento, inevitable, en que se preguntó si me pasaba algo con ella, si algo en ella me provocaba semejante ánimo sombrío. Atando los cabos que tenía a mano, los concernientes a mi desganada sexuali-

dad y los concernientes a mi conducta grosera, una noche, ya con la luz apagada para dormir, me preguntó, sin prolegómeno alguno:

—Nuestra sexualidad ¿te es suficiente? ¿hay algo que necesites y no estamos teniendo?

Es increíble la cantidad de información que transmite una voz en el silencio y la oscuridad. En su voz había, por supuesto, la firmeza de carácter y la voluntad de racionabilidad que la definen como persona pero a la vez el temor a hablar de algo que no comprende bien y en lo que siente que se juega demasiado. No sin una punta de morbo quise saber con más precisión en qué concretamente estaba pensando, en otras palabras: cuál era la oferta.

—¿Por qué me preguntas eso? ¿qué podría estar faltándome?

Me respondió con silencio, pautado por suspiros medio tensos, entrecortados. Estaba dispuesta a los comercios carnales bizarros que su marido quisiera imponerle, pero no a nombrarlos. En ese momento pensé que mi duda respecto de si en otra cama accedería a los deseos secretos inapropiados para el lecho conyugal —cosa que para mí y en mi caso, como dije, es de lógica absoluta— era sencillamente absurda. Apasionada, intensa como era en el abrazo, su deseo no sabía de desbordes. ¿Su deseo no sabía de desbordes? ¿es razonable postular semejante cosa? En ese momento me pareció perfectamente razonable. La abracé y besándola con tanta ternura como soy capaz de besar le dije:

—No hay nada que yo desee de ti más que lo que ya me das. Soy tan feliz como es posible serlo, y no quiero que nada nunca cambie entre nosotros.

Elvira se abandonó a las dulzuras del abrazo pero sospechó, por supuesto, de semejante declaración.

—Aún así, quiero que sepas... —dijo, y titubeó buscando las palabras justas—. Quiero que sepas que no hay nada que yo vaya a negarte.

Era una oferta que sin duda le costaba hacer porque significaba eventualmente un cambio hacia lo desconocido en nuestra relación, pero a la vez ella sabía que tenía que poner algo de invitación, de insinuación en la oferta para que no sonara patética. Leí esa dualidad en el tono de su voz, pero de todas maneras me pregunté —en el fondo no soy sino un frío libertino— si estaba frente a un ejemplo de estoicismo conyugal o ante una velada invitación a la orgía. Lo siento. Soy así. No importa lo que deba creer dados los antecedentes, el resorte gastado pero siempre en funciones de la luxuria se me dispara solo. Sin duda estaba yo en un día de esos en que uno lanza cualquier cosa en la hoguera. No me cabe duda, en todo caso, que semejante diálogo, de darse en mi primer matrimonio hubiera terminado en aceptación de la oferta y en ávida toma de posesión de lo ofrecido. El tiempo ha pasado y —aunque sea superficialmente— me he civilizado, y para bien o para mal me limité a imaginar vagamente la posesión de lo ofrecido mientras devolvía ternura con ternura. Reanudando el abrazo musité en su oído, reconozco que con deliberada ambigüedad:

—Lo sé, mi amor. Tampoco hay nada en el mundo que yo vaya a negarte. Pero quiero que sepas que no hay nada que yo pueda querer de ti que no me lo estés dando ya.

Ronroneó, su mano bajó hacia mi vientre. Encontró una semierección. Se puso a acariciarme de esa manera ingenua que es sólo suya: como quien pasa la mano por el lomo de un cachorrito. Cerré los ojos e imaginé la toma de posesión de lo ofrecido. Imaginé su mirada

de desconcierto y de tristeza al adivinar lo que querría de ella, al saber que el cheque en blanco que había tenido a bien ofrecerme no se agotaba en el objeto sino que implicaba además un cierto desempeño sin el cual el objeto no tendría sentido, o sea, al asumir que tendría que sobrellevar el dolor y la humillación callada la boca y tratando de poner buena cara. Después imaginé la otra opción: Elvira encarando las exigencias con avidez, con gula perfectamente desvergonzada. Sus caricias morosas, ingenuas, casi infantiles no tardaron en hacerme acabar, caudalosamente. Amodorrado sentí cómo se levantaba y cómo volvía con una toallita húmeda con la que me secaba el vientre. Pensé que entre otras muchas cosas una buena esposa es una madre que consuela —y que nos permite refinar nuestros deseos más morbosos.

H

U

M

XI

Quiso el destino que por esos días conociera a Juan Carlos Mireles. Con Mireles terminaba Luisa una relación cuando iniciamos la nuestra. Era un tipo más bien bajo de estatura —más bajo que Luisa, que era de buena estatura, y bastante más bajo que yo—, de complexión robusta, cuadradito, digamos, con una gran boca carnosa. Lo que llamaba la atención en él era el amplio repertorio de gestos, de expresiones faciales exageradas (de poder, de satisfacción, de indiferencia, etc etc etc) que desplegaba continuamente, a la menor provocación, y que tenían su epicentro precisamente en esa gran boca. Gesticulaba como para asegurarse que se lo viera desde el más remoto

gallinero. Era sindicalista. Quizá esa manera de sobreexpresarse le servía en el contexto de su actividad, quizás la había adoptado precisamente a causa de su actividad y se le había quedado pegada a la piel, irreprimible. Tenía una voz de barítono, pero chillona, como pervertida en el tumulto de las asambleas.

Por lo que llevo contado debe estar claro que no soy en absoluto celoso. Creo que cada uno debe preocuparse por su parte en el botín y que esa es la mejor manera para que todos consigan una buena tajada. Mucho menos soy capaz de celos retrospectivos. De manera que nada me impidió, en el momento adecuado —un aparte durante el descanso en la reunión de trabajo en la que participábamos—, hablar con él refiriéndome a Luisa.

—Si no me equivoco —le dije— hemos compartido una amistad.

—¿Ah, sí? —dijo, amable pero secote, como si así, espontáneamente, mi persona no le despertara sentimientos de simpatía—, ¿quién sería?

—Luisa Bentancor.

Bajó la guardia, sorprendido. Estaba claro que había agitado delante de sus narices algo que él consideraba del orden de lo más íntimo, de lo más secreto de su vida.

—¡Qué triste la muerte de esa muchacha! —dijo compungido, y después desgranó, a manera de sucinta necrológica—: Una tipa bien, excelente, sindicalista de ley, flor de mina.

—Sí —coincidí yo—, muy buena gente.

Se quedó callado. Lo afectaba el recuerdo, o al menos eso quería dejar ver. Finalmente preguntó, sin mucho énfasis:

—¿Cuándo la conoció?

—Los últimos dos años.

Me miró fijo a los ojos, ahí sí que escrutándome para evaluarme. Calculó que seguramente yo había sido amante de Luisa. Mireles era el tipo de gente que piensa —quizá como yo también, lamentablemente— que no existe ser amigo de las mujeres, que los maricas son amigos de las mujeres. Calculó también —conociéndola— que si ella me había hablado de él —y evidentemente lo había hecho— no habría sido en medio de una lírica celebración de los hombres de su vida. No se equivocaba. Calculó pues, al seguir mirándome a los ojos, como cuánto Luisa me habría contado de ellos. Calculó seguramente que si él y Luisa habían utilizado relaciones anteriores o contemporáneas como insumos en la hoguera de sus lujurias —cosa que habían hecho, como veremos— de la misma manera pudimos haber procedido nosotros fagocitando la relación de Luisa con él. No se equivocaba. Me mostró todos los dientes, alegre como una hiena.

—A mí me pasa igual —concedí, cómplice—: me acuerdo de ella y me sonrío solo.

Debí decir que me acuerdo de ella y me caliento solo, pero Mireles realmente no parecía un hombre sensible a las delicadas volubilidades de que puede proveernos la memoria.

—Flor de mina —volvió a repetir, y luego, como para aclarar su pensamiento—: una santa.

Me la imaginé parodiando a una santa. A Luisa no le costaba nada zambullirse en las crueles aguas de la parodia. Los ojos revoleados para arriba como tratando de verse el aura, las manos enlazadas y apretadas contra el pecho... y la sonrisa pícara, desvergonzada, casi obscura en los labios.

—Sí, una verdadera santa —coincidí—, Dios la bendiga —y agregué con la intención de marcar la cancha—: no sabía decir que no.

La sonrisa se le hizo ancha.

—Veo que la conocí bien.

—Difícilmente mejor.

—Lo mismo digo.

—Somos la prueba viviente —arriesgué entonces, soltando munición más pesada— de que los gustos de Luisa eran variados.

La sonrisa ancha se le torció un poco.

—Es que a ella no le interesaba el exterior sino el interior de la gente —acotó no sin meritoria sorna.

—Sí —admití siguiendo el juego— era muy mental.

El tipo recayó en un mood melancólico. Movía la cabeza lentamente, aprobando.

—Sí —coincidió—, esa es la palabra justa: era muy mental.

Sabíamos perfectamente qué terreno estábamos pisando. ¿Iríamos más lejos? ¿Compartiríamos —de alguna manera como homenaje a su memoria— lo vivido con Luisa? Nuestro discreto pudor machista no lo permitiría seguramente. Es como un poco marica compartir las pasiones vividas con la misma mujer. El delicado sacramento de la memoria epífánica no prevé esas alegrías, esos homenajes compartidos.

¿Qué me contó Luisa de su relación con Mireles? Una sola historia, sin duda la que ella rescataba como más valiosa, o más significativa, o más excitante, o lo que fuera. Me la contó después de un polvo. Ese tipo de momento. Exhaustos y un poco borrachos. En el silencio del momento más hondo de la noche. Entre sorbo y sorbo de

vino blanco le había preguntado por su relación anterior. No porque me interesara esculcar en su pasado. Simplemente sentía curiosidad por saber si ella siempre había sido tan dada al sexo imaginativo.

Luisa se acomodó en la cama, cubriendo su desnudez con la sábana —una cosa es estar desnudo para disfrutar de la mirada del otro y otra cosa es estar desnudo cuando la mirada del otro se divaga o se apaga para dejar paso a cualquier otra cosa: entonces se siente pudor y se cubre el cuerpo o se realiza el gesto de cubrir el cuerpo como si se sintiera pudor.

—Mi relación anterior terminó siendo un triángulo —dijo entonces, muy dispuesta, por supuesto, a decirlo todo y muy especialmente lo más escabroso—, pero un triángulo muy particular.

Me contó entonces que a Mireles le gustaba coger oyéndola hablar de su ex, el padre de su hijo, del que estaba separada hacía ya un par de años. Que si se veían a menudo, que si cogían cuando se veían, que si él le preguntaba con quién cogía, que si ella le había contado de ellos, que si le contaba cómo cogían, que si el ex le pedía que entrara en detalles, y así siguiendo. Luisa, que pronto había comprendido la razón, el deseo detrás de aquellos interrogatorios, le respondía, con lujo de invenciones, lo que él quería oír.

—Puro morbo —me aclaró sorbiendo de su copa de vino—. Él ni siquera conocía de vista a mi ex, pero se daba la tal manija, y te aseguro que alcanzaba niveles espectaculares de satisfacción gracias a su Scheherezade.

Un poco irritada por el manoseo de la imagen de su ex, con el cual había quedado en excelentes relaciones, Luisa puso a disposición del morboso una figura de recambio que pronto demostró insólitas posibilidades.

En la oficina en que trabajaba Luisa tenía un enamorado. El hombre se le había declarado, pero sin suerte. Desde entonces, como si el rechazo lo hubiera estimulado en una dirección inesperada, se acercaba a conversar con ella buscándole la lengua para que le contara con quién salía, y por qué, y cómo, y si pasaba algo o no pasaba nada, y así siguiendo. Hay hombres así.

Ese fue el sustituto que Luisa puso a disposición del morbo de Mireles. Tal y como lo había vagamente supuesto estaban hechos el uno para el otro. Empezó a favorecer a su enamorado con historias cada vez más calientes, y a contarle a Mireles el efecto que le causaban. Hasta que en cierta ocasión, en medio de un polvo, Mireles sugirió:

—¿Por qué no lo llamás ahora?

—¿Llamarlo? ¿Para qué? —preguntó Luisa, que seguramente había estado esperando la sugerencia y deleitándose con las perspectivas.

—Para narrarle en vivo y en directo con quién estás y cómo.

—Sos un hijo de puta —comentó Luisa, fingiendo por pura coquetería no haber previsto semejante eventualidad.

Agarró el teléfono y discó. Era tarde en la noche y el enamorado respondió medio dormido. Se alegró al oír la voz de su Dulcinea.

—Estoy con un amigo y queríamos compartir con vos este momento.

—¿Quieren que vaya para ahí?

—No, no, para nada. Estamos en la cama.

—¿En la cama?

—Sí, en la cama, cogiendo.

Luisa le sonrió al recuerdo. Bebió de la copa hasta vaciarla y me la dio para que se la volviera a llenar.

—Fue un momento muy loco —dijo—. Tenía encima a Mireles que estaba como loco, realizando su fantasía en un nivel que nunca se había imaginado. Y en el teléfono tenía al otro que —en ese momento lo comprendí— también estaba realizando su fantasía de manera extrema. Fantasías simétricamente opuestas y complementarias.

—¿Están cogiendo? —preguntó finalmente el enamorado. Y Luisa le respondió:

—Estoy acostada panza arriba y él está arrodillado entre mis piernas, y tengo las piernas levantadas y mientras me coge me lame los pies.

A Luisa, como dije antes, no le costaba nada soltar la lengua. Tenía un talento natural para convertir en palabras lo que estaba viviendo o lo que había vivido o las imágenes que le revoloteaban en la mente. Cuando me narró el evento yo no tenía idea de cómo era Mireles. Ahora puedo imaginar al tipo, retacón y cuadradote, lleno de gestos energéticos y exagerados, ceñudo, afanándose sobre el vientre de Luisa, que mientras paladeaba su placer iba desgranándole en el oído al otro, como una letanía, lo que Mireles le iba haciendo.

—Y decime ¿no se la chupás? —preguntó el enamorado, soltándose un poco, tímidamente.

—¿Que si se la chupo? —retorizó Luisa, escindida y amodorrada por los placeres. Apenas lo dijo tenía la verga servicial de Mireles entre los labios. A partir de ese momento —dijo Luisa riéndose de la situación e ilustrándola con exageraciones— le habló al enamorado en esa especie de guíglico en el que es posible chapurrear cuando se tiene algo grande alojado en la cavidad bucal.

No tardó en no poder más el pobre enamorado. Se dejó

ir cuando Luisa, desalojando el instrumento de placer, se puso a menearlo diciendo:

—Esperá un poquito que le estoy haciendo una paja. ¿Oís el ruidito? A ver si acabo de una vez con este monstruo.

El enamorado acabó con todo un repertorio de gemidos y medias palabras que Luisa se apresuró a ofrecerle a Mireles pasándole el teléfono. Entonces —en palabras de Luisa— Mireles “se contagió”, y como si le estuviera haciendo burlas al otro —aunque no era precisamente eso—, sosteniendo con una mano el auricular para que el otro escuchara su versión de la serenata orgásmica, apuró a su vez con la otra mano la paja que venía llevando Luisa, con la diferencia respecto del otro que al sentir que se venía se abrió paso entre los labios de ella que aceptó gustosa el convite, oportunidad que aprovechó Mireles para acercar el teléfono a la mamada transmitiendo así generosamente en directo las inequívocas muestras de deleite que Luisa tampoco se ahorraba.

Luisa concluyó su relato diciendo que semejante triangulación devino hábito, aunque ni Mireles ni el enamorado manifestaron jamás deseos de conocerse. En la oficina el enamorado trataba a Luisa con total naturalidad y como si nada hubiera pasado. Todo un caballero, teniendo en cuenta que, como decía Luisa:

—Podría haberse aprovechado. ¿Acaso yo hubiera podido negarme a lo que él quisiera sin riesgo de gran daño para mi reputación? De hecho la verdad es que en alguna de esas tardes interminables de aburridas en la oficina, en las que a una le pica todo, hasta fantaseé con la posibilidad de que me llevara a alguno de esos rincones discretos y polvorrientos en que abundan las grandes colmenas burocráticas y me obligara a rendirle los mismos servicios.

De parados y a las apuradas, por supuesto —concluyó con un suspiro, soñadora. Días o semanas después en ocasión de que mientras cogíamos le tiré este tema para que divagara me confesó que no pocas pajas se había hecho en el baño de la oficina considerando la posibilidad de que el enamorado decidiera cobrarse en especies las humillantes llamadas telefónicas.

Así era Luisa, así le andaba la cabeza. A mil. Sabiendo lo fantasiosa que era más de una vez me pregunté qué parte de realidad y qué parte de ficción habría en esta historia. A juzgar por la sonrisita torcida en los labios de Mireles cuando se quedó mirándome después de coincidir en que Luisa era muy mental yo diría que por una vez Luisa seguramente que había inventado poco.

Me hubiera gustado preguntarle al tipo por qué se terminó su relación con Luisa —puesto que estaba tan bien codimentada—, y también si después volvieron a verse, por ejemplo cuando ella ya estaba en relación conmigo. Por nada, porque sí nomás. Repito que no tengo nada de celoso, nomás de curioso. Haciéndole esa pregunta hubiera incurrido en la misma curiosidad morbosa con que él la adobaba en su momento. De todas maneras no hubo tiempo para más conversación. El aparte privado terminó cuando tuvimos que volver a la reunión de trabajo.

## XII

En fin: como quiera que fuera estaba trenzado en un continuo recordar a Luisa, en un continuo diálogo con su recuerdo, o con su fantasma. Cuando conseguía resistir con éxito los embates insistentes de la pura memoria algo venía desde afuera a cruzarse para devolverme a ella, como el encuentro con el Corto Mireles —porque ahora recuerdo que así fue como Luisa me dijo que lo llamaban, como también recuerdo ahora (el hilo de la memoria se va desenredando a medida que el hilo de tinta de mi lapicera se extiende y se extiende sobre el papel) que, con esa sonrisa de mina canchera que le salía tan fácil, Luisa me explicó que lo de “corto” no era tanto por la estatura sino más bien por lo corto que tenía el apéndice genital, y cuando yo, sobrador, me hice el sorprendido e interesado por la peculiaridad, ella con un gesto por demás explícito —y burdo— de ambas manos defendió su pasada pasión agregando sin ambages:

—Corto pero grueso.

Me sentía, pues, sitiado, acorralado por el fantasma de Luisa, y lo que es peor, angustiado por el temor de que volviera a suceder que poseído y utilizado por el susodicho hiciera del cuerpo de Elvira un sucedáneo en el que viniera a cebarse el deseo violento, de alguna manera despectivo —se me ocurre ahora— que sentía por Luisa. Y lo temía porque seguramente que si eso volvía a suceder y continuaba sucediendo la relación con Elvira, mi esposa, mi más preciado tesoro, terminaría por irse a la mierda, es decir, se distorsionaría irreversiblemente. Sí, irreversiblemente, porque hay cosas que una vez mancilladas nunca vuelven a ser las mismas.

¿Por qué había ese componente despectivo en mi actitud sexual hacia Luisa? Mi imagen de ella es la de un tipo de mujer que inevitablemente admiro: la mujer criolla, fuerte e independiente, tipo que floreció con temple inigualable en los tiempos de las grandes crisis económicas y luego de la dictadura, tiempos en los que asumió los roles que hubiera que asumir para sostener el hogar. Luisa pertenecía a esa raza de mujeres indómitas. En sus duras pulseadas con la vida había elaborado una facilidad realmente temible para el sarcasmo. Nunca conocí a nadie que no la tratara con una mezcla de respeto y de temor. Yo mismo, fuera de lo sexual, tenía clarito lo afiladas que tenía las garras. Y sin embargo en lo sexual, el terreno en el que yo más intensamente vivo, la trataba con la desconsideración con la que el amo trata al esclavo. ¿Cómo podía ser esto así? ¿Por qué ella lo permitía? Por supuesto: no era que ella lo permitiera, sino que ella lo fomentaba. Me llevaba —y yo iba dócil— allí donde se encontraba con su placer.

En este sentido creo que esa última tarde en que tuvimos sexo ella terminó por comprender la distancia que había en mi mente entre el ajuste perfecto, la capacidad para compartir fantasías sexuales, y anudar otro tipo de relación, un pasar a vivir juntos, por ejemplo.

Pero sin duda que ella fomentaba en mí la manera en que yo —gozosamente debo decirlo— la trataba. Doy un ejemplo probatorio. Habíamos alquilado en enero una casita en La Floresta. Después de cenar teníamos la costumbre de salir a caminar por las calles poco iluminadas y poco pobladas del balneario, cuestión de disfrutar del cielo nocturno, apenas visible en Montevideo. Una noche, mientras caminábamos, arrancó a hacerme preguntas:

tas en un tonito para mí más que conocido y que implicaba que no quería oír verdad alguna que no le pareciera disfrutable en términos de cachondez.

—De muchacho ¿ibas a bailes?

—Iba.

—¿A bailantas?

—A bailantas —mentí. Nunca había entrado en ese tipo de locales.

—¿Ibas a levantar minitas?

—Claro.

Entiéndase que esto no era en absoluto un interrogatorio. Era una especie de ritual que ella oficiaba como en trance, en la bruma del placer anticipado, segura de que recibiría las respuestas adecuadas.

—¿Y te ibas con ellas?

—Claro.

—¿A un hotel?

—No, no daba para tanto. Eran turritas. Empleaditas. Obreras.

—¿Entonces?

—Me las cogía en el primer rincón oscuro.

—¿Y se dejaban?

—Lo pedían a gritos. Para eso se pintaban y salían de noche.

—¿Dónde te las cogías por ejemplo?

—Por ejemplo en una calle oscura, como esta.

Luisa se detuvo, miró en derredor. A treinta o cuarenta metros la luz de la casa más cercana. Silencio. Nadie a la vista.

—¿Así nomás? ¿En plena calle?

—En algún zaguán oscuro. O nos metíamos en un jardín. O en plena calle dado el caso de ser tan desierta

como esta. Las daba vuelta, les subía el vestido, les bajaba la bombachita y las clavaba.

Luisa quedó en silencio. En la oscuridad no podía ver sus facciones, pero sus ojos brillaban con el fuego de la lujuria.

—¿Les dabas tiempo para que acabaran por lo menos? —preguntó entonces con un tonito que decía a las claras que ella en mi lugar no se lo hubiera dado.

—Vos sabés que cogiendo nunca tengo mucho apuro.

—Hijo de puta —dijo entonces con voz ahogada—. Estoy caliente.

—¿A vos nunca te cogieron en un baile? —le pregunté entonces, echando leña al fuego.

En cierto modo todo el juego verbal había tenido por finalidad dar origen a esta pregunta, de manera que se soltó de inmediato. ¿Realidad? ¿Fantasía? Probablemente fantasía. Ni yo se lo preguntaba ni ella se molestaba en aclarármelo.

—Una vez. De muy jovencita, chiquilina casi. En el baño. Eran dos. Trancaron la puerta. Uno me cogía y al otro se la chupé. Se armó un escándalo. La gente golpeaba la puerta. El que me cogía acabó. Entonces me sacó de la boca la verga del otro y la chupó él, hasta acabarlo. Yo no podía creer lo que veía. Nunca había visto a dos hombres haciendo eso. Ni siquiera me los había imaginado. Después salimos del baño y como los dos eran muy machitos salieron desafiando, jeteando. Nadie se metió con ellos.

—¿Volviste a verlos?

—Nunca. Pero a menudo los recuerdo cuando me hago la paja —dijo tocándose el pubis.

Entonces dijo lo que a esa altura ya estaba yo esperando que dijese.

—Cogeme.

—¿Acá?

—Acá, ahora, como a una turrita.

La di vuelta, la incliné hacia delante. Tenía puestos unos shorts bastante amplios. No hacía falta bajárselos, bastaba con hacer a un lado la entrepierna. Le llené la concha de dedos. Era una sopa. Se la clavé y la tomé del pelo para cabalgarla. Dulce teatro. De pronto, cerca, cortaron el aire quieto de la noche gritos de niños y ladridos de perros. Era totalmente absurdo aquello: teníamos una casa para nosotros solos y ahí estábamos cogiendo en la mitad de la calle, ni siquiera detrás de un árbol, como perros en celo. Un auto podía aparecer en cualquier momento e iluminarnos con los faros. Niños o abuelos cerca, no nos importaba: ni yo dejaba de clavarla con saña ni ella dejaba de empujar contra mi vientre con la concha abierta como la boca de un tiburón desdentado.

—Acabate —gruñó—, no me esperes como con una turrita.

—¿Eso es lo que querés?

—Es lo que quiero.

Le di con todo, pero como suele suceder en un caso así, no podía acabar. Tanto le di que se acabó con un verdadero mugido de cebú. Al volver en sí debe haberse dado cuenta de mi sobrecalentamiento y del bloqueo porque, sutil sicóloga, me dijo:

—Metémela en el culo.

No fue necesario. Dadas las circunstancias aquellas palabras fueron la chispa que encendió la pradera. Como fuego líquido me alcanzaron y me derritieron.

Era así con ella. Si cinco minutos después, cuando exhaustos regresábamos abrazados a casa, la hubiera tratado

de turrita, hubiera tenido que dejar bien en claro que se trataba de una broma cariñosa, porque si no me hubiera rebanado una o las dos orejas, y también el rabo.

Empecé a darme cuenta de que, poco a poco, aquel recordar minucioso se iba convirtiendo en un preguntarme cómo realmente había sido ella y cómo realmente había sido yo con ella. ¿Esa era la función de su fantasma? ¿Ahí quedaría la cosa? ¿Reclamaba de mí lo que todo ser humano merece, o sea que aquellos que lo conocieron le hagan el homenaje de descifrarlo a partir de esa página final de su historia, que es la muerte? Tenía claramente la sensación de que no, de que no iba a zafar tan fácilmente.

C A S A E D I T O R I A L

H

XIII

M

Como he dicho, desde que el fantasma de Luisa me acosaba mi ánimo y mi actitud habían cambiado radicalmente. Ahora de la depresión estaba pasando a la irritabilidad, y al laconismo, y a la melancolía. Como he dicho, Elvira seguía discreta pero atenta y preocupadamente mi evolución. Apenas aparecieron los primeros retoños anunciando la inminencia de la primavera sugirió que nos tomáramos un par de semanas de vacaciones. Me pareció razonable. Si de alguna manera iba a salir del embrollo sería más fácil con la ayuda —o sea, con la presencia y los cuidados permanentes— de Elvira. Por lo demás nosotros —como supongo que le pasa a cualquier pareja bien avenida— durante las vacaciones aumentábamos notoriamente nuestra frecuencia sexual, eventualidad

—pensé— que no dejaría de influir en la disolución del fantasma que me acosaba.

Alquilamos una casita bastante aislada detrás del cerro San Antonio, de manera que con mínimos desplazamientos podíamos cambiar la escenografía, de la campirana a la costera y a la urbana. Pasé la primera mañana como un convaleciente, desparramado en una reposera, al sol y bien abrigado, por momentos dormitando, por momentos con la mente en blanco, mirando pasar nubes y escuadrillas de golondrinas, mientras Elvira preparaba una pasta frola y un guiso de lentejas.

Después de almorzar la dejé durmiendo la siesta y salí a caminar. Tomé por un camino de balastro que va por detrás del San Antonio y después por detrás del cerro del Toro. Pisa la ladera del cerro del Toro, de manera tal que de continuo ondula, subiendo y bajando suavemente. En cada loma un golpe de brisa me soplaban en los oídos, y en cada cañada me recibía la gritería de los pájaros refugiados en el follaje.

Me sentía de maravillas y estuve caminando un rato largo. El camino se va apartando del cerro y, por consiguiente de la zona urbanizada. Cuando por fin, faltó de práctica, la fatiga se hizo sentir salí del camino y me senté debajo de un árbol. Estaba realmente en medio del campo. No había casa a la vista. No oía más que la brisa enredada en las ramas del árbol que me daba sombra, y el grito de unos teros inquietos quizá por mi presencia.

Este es el momento que uno desea y espera cuando está en la ciudad: estar solo, sentado debajo de un árbol en medio del campo, llenándose los pulmones con la pura fuerza del viento. Es entonces que, fuera de la trama alienante de la intersubjetividad, algo hace clic y

nuestra mente se reorienta. De pronto ya no nos percibimos como fulanito con un pasado, un futuro y una agenda sino como un cuerpo entre cuerpos, una cosa entre cosas. Fuera del lenguaje, fuera de la palabra que es lo primero que se borra cuando desaparece el universo intersubjetivo, la fantasmagoría que nos habita en tanto seres sociables se va diluyendo hasta que quedamos igualados en tanto materia con las demás formas de la materia. Todas las funciones mentales languidecen excepto la pura percepción. Al menos es lo que me pasa a mí. No sé si me explico. Es difícil encorsetar con palabras sensaciones sutiles, elementales. Como recoger alfileres con dedos gordos como chorizos.

Inútiles, todos los sistemas que hacen a la relación con los demás se van apagando. No somos objeto de mirada, nadie hay que represente una posible interacción. Silencio total en el vacío de la conciencia, sólo el flujo ininterrumpido de datos de la percepción: la luz, la mariposa, el duro suelo. Todo está en estirar al máximo este momento de vacío, de cosa, porque sí nomás, sin propónérselo uno.

Ese día yo estaba especialmente apto para la cosa y el vacío, porque estuve un rato largo en Babia. Hasta que en determinado momento, allá en el fondo del camino apareció una figurita humana en bicicleta. “Sería genial que fuera Luisa” pensé absurdamente. Sumé un absurdo al otro pensando que semejante cosa era imposible porque Luisa —cosa que supe en vacaciones veraniegas pasadas juntos— no sabía andar en bicicleta. Como el camino venía ligeramente en subida él o la ciclista se acercaba lentamente y no sin esfuerzo. Pedaleaba parado, o parada. Vi que llevaba pantalones, suéter y zapatos negros

y que su cabello lacio y negro flotaba al viento. “Por el pelo y por la ropa —a Luisa le encantaba la ropa negra— podría ser Luisa” pensé, renovando el absurdo. Pensé que sería genial que fuera efectivamente Luisa y que viniera a decirme que en realidad no se había muerto, que todo había sido una farsa que había montado con el concurso de sus amigos teatberos —que tenía varios— con la finalidad de castigarme por la frialdad con que la había tratado al cortar la relación. ¿Cómo reaccionaría yo? Me reiría de la broma, lloraría de alegría por saberla viva, me enojaría por la crueldad de la broma, le gritaría en la cara la angustia que he estado viviendo en las últimas semanas, acosado por su fantasma.

A todo esto la ciclista —era una mujer, tal me lo decía la manera de pedalear, de poner el cuerpo para pedalear— estaba ya cerca y, para mi sorpresa y temor, no hubiera podido asegurar —de no ser por el hecho, nada menor, de que estaba muerta— que no era Luisa. Como Luisa era grande y huesuda, tenía la piel blanca como la harina, los pómulos altos y la boca chica, de labios finos, el flequillo sobre la frente negro como ala de cuervo. No era Luisa, por supuesto, de más está decirlo, pero me hubiera costado decir en qué eran diferentes.

La ciclista tomó nota de mi presencia y de mi mirada volteando hacia mí por un instante su rostro, de expresión dura y clavándose contra el paisaje con su afilada mirada. Un turista sentado bajo un eucaliptus. Por la bicicleta vieja y pesada deduje que la rústica era de la zona. Seguramente vivría en alguna chacra más adelante en el camino, pensé. ¿Qué edad podía tener? La de Luisa, por cierto, poco más o menos. Sí, en Luisa había esa cosa medio rústica, medio brusca de modales, que ella exhibía

impúdicamente. Una actitud tipo “Sé quién sos, no me vengas con cuentos”. Y sin embargo Luisa no era ninguna rústica, era montevideana y clasemediera, de pura cepa.

Mirándola alejarse pensé en aquella película en la que un tipo se da cuenta de que está loco cuando los demás le dicen que el fulano que él cree su doble de tan idéntico en realidad no se le parece en nada. Para mi la ciclista era idéntica a Luisa sólo que —calculé— me costaría mucho persuadir a alguien del hecho. En determinado momento la mujer, ya alejándose, giró la cabeza y me miró por encima del hombro. No una miradita, una señora mirada, tal que de echarla alguien que no conociera el camino palmo a palmo hubiera ido a parar a la cuneta. ¿Por qué me miró así? ¿Aquella primera mirada fugaz y filosa me había encontrado apetecible, o sospechoso? ¿Quiso simplemente comprobar si seguía sentado bajo el árbol? La razón que se quiera, pero yo me quedé con la impresión de que me había reconocido. ¿De qué? ¿De dónde? No lo sé. Pero estaba seguro de que me había mirado esa segunda vez para hacerme saber que me había reconocido, y que no me iba a ser tan fácil zafar del fantasma de Luisa.

## XIV

La encontramos la mañana siguiente en la mercería, donde acompañé a Elvira a comprarse un pañuelo de seda para el cuello. Mientras Elvira elegía —y se toma su tiempo para elegir— me dediqué a observar a la ciclista que, a unos pasos de nosotros parecía estar ordenando la miríada de botones que había en una gran caja de car-

tón. Uno por uno y sin apuro confirmé el inventario de sus parecidos con Luisa: los pómulos altos, la boca chica de labio fino, la pera puntiaguda, la piel blanquísimas, el pelo lacio, fuerte y negro, los ojos pequeños de mirada dura, el cuerpo grande y huesudo, de pechos chicos, hombros anchos y cadera angosta, un poco masculino en su conjunto, pero sobre todo los gestos, los movimientos, como bruscos, como poco femeninos, y la expresión taimada, ladina de la gente que sabe callarse la boca hasta el momento de clavar la expresión mordaz.

No creo estar exagerando: Luisa y aquella mujer me parecían cortadas con el mismo molde en lo físico, y en la actitud, y en la personalidad. No descarto la posibilidad de que el paso del tiempo haya ido fundiendo las imágenes de las dos mujeres en una sola, pero ya en aquel momento las dos mujeres eran para mí tan parecidas que no hubiera sido capaz de decir en qué se diferenciaban —porque, a pesar de todo, no me engañaba: eran diferentes. Sabía que si le hubiera pedido a cualquier persona que hubiera conocido a Luisa que las comparara, me hubiera dicho que se parecían poco, o que no se parecían en nada. Y sin embargo para mí el parecido era tan evidente que pasé un buen rato buscando las diferencias. Quizá la nariz, concluí: la nariz de Luisa era más larga. Nariz de catadora de aromas, le decía yo. Nariz de zorra, me advertía ella.

Para mi definitiva sorpresa observé que se paraba como Luisa —de una manera que me causaba desagrado sin que pueda decir por qué. Se paraba con las piernas rígidas, hundiendo las rodillas, de manera que se abombaban los muslos —por delante— y las corvas detrás. Como se paran los gimnastas, y los marinos buscando asegurar el

equilibrio. Acababa de hacer esta constatación cuando me di cuenta de que me estaba observando a través de un espejo. Cuando nuestras miradas se encontraron bajó la vista.

Tan parecida a Luisa era para mí esa mujer que observándola recordé algo que viví en mi relación con Luisa. Algo tan íntimo que es el tipo de cosas que aparece con total nitidez en los momentos más intensos pero que luego, para no perturbar nuestra existencia, desaparece sin dejar huellas. No pocas veces durante la faena sexual había tenido la impresión de que por más mujer que fuera Luisa en realidad era un hombre, una especie de cómplice que yo tenía en la tarea de gozar, de darme gusto con su cuerpo de mujer. Más aún: a menudo sentí que ella gozaba —y sus orgasmos eran tan profundos que la dormían— por mi intermedio, poniéndose en mi lugar, identificándose conmigo en lo que yo le hacía. En pocas palabras: que juntos nos cogíamos a su cuerpo de mujer, que su presteza verdaderamente camaleónica para aceptar cualquier capricho sexual mío o para inventarme nuevos caprichos era consecuencia de una especie de desdoblamiento de su ser íntimo que me permitía comunicarme directamente con el lado masculino de su personalidad.

Eso recordé mirando a la mujer en la mercería. No podría imaginar mayor prueba del parecido. Buceando en la profundidad de aquel recuerdo me había quedado mirándola a través del espejo. En algún momento ella volvió a mirarme y se prendió de mi mirada ausente, al punto de que no sé cuánto tiempo estuvimos mirándonos a través del espejo, aunque en realidad yo no la veía a ella sino a Luisa en mi memoria.

En ese momento oí a Elvira preguntándole a la mercera si conocía alguna mujer que hiciera limpiezas. La mercera respondió:

—Ella hace limpiezas.

Sólo en ese momento la mirada de la mujer se apartó de la mía, al girar la cabeza dándose por aludida.

—Acercate, Uli —dijo la mercera.

La mujer, Uli, se acercó. Elvira le tendió la mano, presentándose.

Hubiera querido decirle a Elvira “No hagas eso”, pero hubiera sido absurdo. ¿Qué —aparte de mis fantasiosas cavilaciones— tenía yo para oponer a la contratación de la mujer como limpiadora? Rápidamente acordaron la prestación del servicio a partir del día siguiente. Yo, por decir algo, dije:

—Uli es un nombre poco común.

—No es Uli —me explicó la mujer mirándome fugazmente a los ojos—, es Ulisa.

Ulisa... Bien, no podía ser de otra manera. Casi no me sorprendí. El mismo nombre, excepto una letra cambiada de lugar. La nariz un poco más larga.

—Ese es más raro todavía —insistí sonriendo nervioso.

—Mi padre era profesor de literatura. Y quería tener un hijo, no una hija.

Aquello se parecía cada vez más a una encerrona.

## XV

Pasé el resto del día preguntándome si no debía de advertir a Elvira de que cosas extrañas estaban sucediendo. Pero hubiera tenido que contarle todo, o sea, el acoso de que me hacía objeto el fantasma de Luisa, desde el comienzo, y eso no era capaz de hacerlo. Como ya dije, no es para utilizarla como analista que se tiene una pareja. Pero además, si se lo hubiera contado todo ¿cómo hubiera reaccionado? Conociéndola calculo que hubiera tratado de convencerme de que la parusía de Luisa hipostasiada en Ulisa no era tal sino una simple casualidad. Por lo pronto y para acabar con el asunto hubiera decidido dejar sin efecto la contratación de la mujer, y eso para mí sería inaceptable. A esta altura del asunto y por más que me perturbara no podía sino seguir hasta el final.

Por la noche, después de la cena, bebiendo un cognac en el calor de la estufa de leña, Elvira vino a sentarse sobre mis rodillas. Se sienta ahí y se queda quietecita. Es su pudentosa manera de tomar la iniciativa. Nos besamos largamente, pero nada en mí respondía a su invitación. Hubiera podido dejar las cosas en la mera expresión de ternura y ella, por supuesto, lo hubiera aceptado naturalmente. Pero no. Me aterrorizaba la idea de que el maldito asunto hubiera empezado a corroer nuestro idilio. Los besos se fueron haciendo más profundos. Entonces, aprovechando la guardia baja, una imagen vino a instalarse en mi conciencia, tan certera y segura que no supe rechazarla.

Decidí dividirme. Es decir: paladear esa imagen, pero a la vez dejándome llevar por las ternuras cada vez más intensas con Elvira. La imagen era la de algo que sucedió al comienzo de la relación con Luisa, una de las primeras

veces que vino a mi apartamento. Habíamos rápidamente establecido una especie de rutina que repetíamos tal cual en cada encuentro, como si ensayáramos una representación teatral. Bebíamos vino blanco escuchando música y conversando trivialidades. En determinado momento, sin mediar palabra ni aproximación alguna yo me abría el pantalón, sacaba el miembro y separaba las rodillas. Entonces ella se arrodillaba entre mis muslos y me la chupaba larga, lenta, prolífica, interminablemente, como a mí me gusta, agregándome desde allá abajo carantoñas y revoleos de ojos de puta mimosa.

Yo decidía en qué momento comenzaba aquello. A medida que la conversación iba estirando las trivialidades yo veía aflorar en ella los signos de la ansiedad y del deseo. A partir de determinado momento notaba que ya no oía lo que conversábamos y respondía incoherencias. Si yo seguía estirando el chicle y si casualmente me pasaba la mano por el frente del pantalón donde la verga semierecta ya abultaba ella olvidaba la ficción de diálogo, quedaba inmóvil, fascinada, lista para saltar, como un cuzquito al que se le ha mostrado un hueso.

Me excitaba la sumisión inmediata con que ella respondía a mi muda indicación de darme placer. Yo introducía variaciones en nuestra pequeña rutina con la intención de hacerla dar todo de sí. Por ejemplo: fumaba o bebía mientras ella se esforzaba en la faena, o, para su sorpresa, me dejaba ir en su boca sin indicación previa alguna, convirtiendo lo que debía ser un aperitivo en postre sin cena, o le azotaba las mejillas con el miembro rígido, o, incluso, una vez di por concluída abruptamente la sesión, secándome la verga, guardándola y diciendo por todo comentario:

—Hoy no tengo ganas.

Aquel día yo había querido saber realmente hasta dónde podíamos llegar en el juego de la humillación. En plena felación me paré. Ella pensó que había llegado la hora del dormitorio y suspendió, mirándome, aún de rodillas.

—Seguí —le dije.

Siguió. Entonces, haciendo a un lado la silla en la que había estado sentado, di un paso atrás. Me miró desconcertada, inclinándose hacia adelante para mantener el contacto. Di otro paso atrás. Entonces comprendió: me siguió avanzando de rodillas, tomándose de mis caderas para mantener el miembro firmemente embocado. Recorrimos así lentamente la sala, en una procesión absurda e incómoda.

Ya con la espalda contra la pared le saqué la verga de la boca, la meneé y acabé sobre la palma y el dorso de mi mano izquierda. Le ofrecí la mano goteando semen. Me miró a los ojos. Le puse cara de nada. Tomó la mano y se puso a lamerla. Con la otra mano se abrió el frente del pantalón y empezó a masturbarse con fuerza, casi con rabia. Lamió todo el semen y después se puso a chuparme los dedos. Acabó de pronto, doblándose como si le hubieran dado un puñetazo en el vientre. Se estremeció como si se le fuera el alma del cuerpo, gimió y se derrumbó sobre la alfombra. Fui al baño a lavarme. Cuando volví estaba ahí todavía, hecha un ovillo.

—Sos un hijo de puta —dijo con una voz que, en el fondo, me sonó un tantín divertida.

—Soy —convine— pero qué acabada ¿no? Levantate y arreglate que vamos a cenar afuera.

Esa imagen —Luisa chupándomela mientras me seguía de rodillas— llenaba mi mente mientras besaba a Elvira

con tanta dulzura como me es posible besar. ¿Advertiría ella mi ausencia? ¿Advertiría la naturaleza de mi ausencia? Pero ¿estaba yo realmente ausente? ¿No estaba en las dos cosas a la vez plenamente? Esa era la sensación que yo tenía. Claro está que de inmediato estuve en erección. En ese momento la imagen se diluyó. ¿El fantasma de Luisa se prestaba ahora a manera de generoso accesorio? ¿O esa era la manera de instalarse, como un virus, en lo más íntimo de mi relación con Elvira? Echamos un hermoso polvo en el sofá frente al fuego. Puesto que la fecha era segura me derretí en sus entrañas, justo en el momento en el que su cuerpo se abría y aflojaba, y allí quedamos amodorrados, y al volver a la realidad me sentí ligero y libre de angustias.

C A S A   E D I T O R I A L

H

II  
XVI

M

Llegó temprano por la mañana. Elvira y yo estábamos todavía en la cama, leyendo. Supe que era ella por el ruido a lata del guardabarros de su destortalada bicicleta. Cuando sonó el timbre Elvira dijo:

—Debe de ser la limpiadora.

Se levantó, se puso el salto de cama y fue a abrirle la puerta. No tardó un minuto en volver. Se metió en la cama y se acurrucó contra mi cuerpo.

—Hace frío —dijo, y después, levantando la cara—: Dame un beso.

Se lo di. Tenía la nariz fría.

—Se te enfrió la nariz —dije—. ¿Qué le dijiste que haga?

—Que limpie lo que vea sucio. Empezando por la cocina y terminando por el baño.

Media hora después me vestí y fui a la cocina.

—Buenos días —saludé.

—Buenos días —respondió, mirándome apenas de reojo. Vestía vaqueros remendados, zapatillas de lona y un suéter de la UCLA muy descolorido.

Me puse a preparar el desayuno y, por supuesto, discretamente, a observarla. Era, sin duda, lo que se llama una rústica, un alma rural, pulida (o curtida) por el trabajo duro, las grandes distancias, las intemperies y las soledades. Fregaba los trastos con movimientos rápidos y seguros, casi sin hacer ruido alguno. Se estiraba, se inclinaba o se agachaba con la agilidad y la energía de un cuerpo acostumbrado a varias horas diarias de fajina.

—Ulisa... —dije. Se volvió hacia mí y quedó mirándome, sin responder. Ese gesto en su cara, ese gesto como de animal pasivo y paciente, ese gesto era imposible en la cara de Luisa, que siempre —en su momento más íntimo o en el más público— estaba de pie, agresivamente contra el mundo.

—Convendría que tuviéramos su teléfono, o su dirección. Por cualquier cosa.

—Teléfono no tengo —respondió—. Mi casa está en el camino en el que nos cruzamos ayer, unas cuadras más adelante. Es la primera que se encuentra. Tiene tejas azules.

La naturalidad con que se había referido a nuestro encuentro en el camino me habilitaba en cierto modo para con la misma naturalidad referirme a las miradas que habíamos cruzado en ese circunstancia y, quizás, con un poco más de audacia, a relacionar esas miradas con la que habíamos cambiado a través del espejo en la mercería.

Así hubiera actuado seguramente en cualquier otra circunstancia, buscando generar rápidamente el espacio de lo personal e íntimo en el intercambio casual. Pero yo no tenía la menor intención de acelerar así las cosas con esta rústica, sosías de Luisa o de su fantasma que había venido a cruzarse en mi vida quien sabe con qué finalidad.

Mientras desayunábamos en la sala la mujer pasó en dirección del dormitorio. No pude evitar imaginarla tomando nota de —olisqueando quizá— las huellas de nuestra intimidad en la cama y en el baño. En total la sesión de limpieza duró dos horas. Habíamos regresado a nuestras lecturas matutinas cuando se presentó.

—Está pronto, señora —dijo.

Recibió el dinero de mano de Elvira y se fue, sin saludar.

Por la tarde subimos al Pan de Azúcar. Arriba el viento del sur cortaba como una navaja. Yo me sentía del mejor humor, exhuberante diría, como habitualmente cuando veo claras las perspectivas de una conquista sexual —de una captura, dirían los balleneros de Melville. ¡Vaya conquista! se me dirá. Injustamente, porque el valor de una pieza cobrada nunca es objetivo, siempre es subjetivo, difícil de explicar, misterioso. Por lo demás la chica de la tapa de Vogue puede ser la conquista más fácil del mundo y la rústica más anodina la más difícil, como lo saben todos los escritores de teleteatros. Para mí Ulisa era la pieza clave en un entramado fantasmático que me venía extenuando desde hacía un buen rato. De ella esperaba la llave del laberinto y respuestas para una buena tanda de enigmas.

Regresamos ya anocheciendo, nos dimos un baño caliente, nos abrazamos y después —oliendo cada uno a los jugos del otro, amorosos como nunca— nos fuimos

a cenar a Piriápolis. Fue —por primera vez desde que comenzara el acoso— un abrazo sin sombras, resacas ni fantasmas. La esperanza de estar a punto de liberarme del fantasma de Luisa me tenía eufórico y gocé profundamente del reencuentro con ternura y pasión sin sombras. La perspectiva que me había inventado de encontrar en Ulisa la salida de la trampa en la que Luisa me tenía atrapado me hacía sentir como nuevo.

## XVII

Lo que la mañana siguiente, después de abrirle la puerta a Ulisa, dijo Elvira una vez que se hubo zambullido debajo de las cobijas fue lo siguiente:

- Ji, ji, ji.
- ¿Qué querés decir con eso?
- Ulisa tiene novio, o candidato.
- ¿Cómo sabés?
- Se pintó los ojos, se pintó los labios, se recogió el pelo y se puso faldas.
- Interesante —coincidí.
- Indeed it is —ratificó, y agregó—: Novio tempranero, además.
- Costumbres locales seguramente —comenté.

Cuando Elvira —que disfruta quedarse en la cama leyendo precisamente porque diligente y responsable en extremo como es, no lo hace excepto en vacaciones— abrió su libro en la página que lo dejó anoche y retomó la lectura yo apenas pude sofocar unos minutos largos como horas las ganas de correr a la cocina a compro-

bar la novedad con mis propios ojos. Pasado un tiempo prudencial me levanté y fingiendo remoloneos y perezas para disimular la ansiedad me duché, me vestí y salí del dormitorio.

Se había puesto sombra celeste en los párpados y una especie de violeta en los labios (¡la única vez que vi a Luisa con los labios pintados tenía un color similar!), con mariposas azules se había sujetado el pelo para sacárselo de la cara (¡la única vez que vi un broche en el pelo de Luisa eran mariposas azules!). Por debajo de una pudorosa falda de franela gris asomaban medias a rayas de colores chillones. Sobrevivían de su atuendo de fajina las zapatillas de lona y el buzo de la UCLA. En conjunto se veía bastante ridícula, pero dejaba bien en claro su intención de seducir, que es lo que realmente importa. Deduje sin dudarlo que el atuendo guerrero me estaba dedicado.

—Hola, Uli —dije algo meloso.

—Buenos días —musitó sin mirarme, escondiendo la cara. Sin duda que perturbaba sus estrategias de seducción el tener finalmente delante el objeto de su anhelo. Es más, se concentró en el trabajo en la pileta, dándome completamente la espalda, huyendo de mi mirada, como avergonzada de su audacia. Mirándola recordé a aquel Lucio para el cual su Fotis acompañaba con el trasero el meneo del cucharón en la cacerola. Como en él revivieron en mí ciertas partes de mi cuerpo entonces inertes.

Así pues, me lo había dicho al pasar en bicicleta, me lo había dicho a través del espejo en la mercería, me lo decía ahora con el lenguaje más claro posible antes de las palabras: quería conmigo, me deseaba. Y eso, tengo que decirlo, me excitaba. En primer lugar porque al mirarla yo no la veía en sí misma sino en tanto encarnación

del fantasma de Luisa. En segundo lugar porque, mirado desde cierto ángulo, el más desfavorable posible, soy el tipo de veleta al que lo que lo excita más (más que los sentimientos amorosos, o que la belleza, o la inteligencia, o la sensualidad, o las artes de la seducción) es el sentirse objeto de deseo.

Puse el pan en la tostadora y el café a calentar. Saqué del refrigerador la manteca y la mermelada y las puse, junto con las tazas y el azúcar, sobre la bandeja. Saqué del cajón de los cubiertos cucharitas y un cuchillo. Mientras hacía todo esto decidí arriesgar un poco. Apenas un poco.

Fui y me paré detrás de mi Fotis. Tan cerca que la proa que en la tela de mi pantalón levantaba la verga, ya abultando, casi tocaba su trasero, que se meneaba al ritmo de la faena de fregado. Ahí parado sí que era como estar parado detrás de Luisa. El cuerpo grande, medio masculino, con los hombros anchos, la espalda fuerte, la cadera escasa, y el pelo negro y lacio. Era como para alucinar. A punto estuve de dejarme llevar por la ilusión y tomarla por la cintura apoyando la verga contra sus nalgas. ¿Cómo hubiera reaccionado Ulisa si lo hubiera hecho? ¿Hubiera armado un escándalo que hubiera echado vitriolo sobre mi matrimonio? Para nada, en absoluto, al contrario, se hubiera dejado echar un polvo ahí mismo, en ese mismo momento. No tardé mucho en averiguarlo: de pronto se dio cuenta de en qué estaba yo, pero se quedó inmóvil, inclinada sobre la pileta, en las manos la sartén que estaba lavando, reteniendo la respiración, en espera del contacto, sin atreverse a buscarlo ella con las nalgas ni a darse vuelta y mirarme a los ojos. No la toqué, no adelanté mi vientre ese par de centímetros. Disfruté durante segundos interminables la agonía de esa entrega

no consumada. Entonces saltó el pan en la tostadora y la cafetera pitó y me alejé de ella, que retomó la tarea, como si nada.

## XVIII

Deliciosa agonía. La conciencia se diluye gota a gota. La energía se retira del cuerpo como la marea de encima de una playa. Sensación de abandono y relajamiento como al dejarse ir en la espiral del sueño. Sólo el pensamiento de que se va hacia la muerte, de que se va sin retorno, podría arruinar la delicia. Y a veces ni eso.

En ese estado de espíritu —especie de premonición— hice el trayecto hasta la casa de Ulisa. Era una casita humilde. Recién pintada con blanco de cal. Resplandeciente bajo el sol, que acababa de cruzar el mediodía. Las tejas azules, coquetas, la mejoraban notablemente. Junto a la puerta descansaba la bicicleta. El predio estaba rodeado con tejido de alambre y dentro había suelto un perrazo infernal, pura potencia y colmillos. Me ladraba con furia, salpicando espuma y babas. Los ojitos de un amarillo turbio me miraban con odio, como si fuera yo una amenaza para su dueña.

Hice sonar la campanilla y casi de inmediato se abrió la puerta de la casa. Ulisa vestía igual que por la mañana. No mostró sorpresa al verme, de hecho ni siquiera esbozó un saludo. Difícil no pensar que me estaba esperando. Viniendo hacia el portón miró hacia un lado y hacia el otro del camino, supongo que comprobando que nadie me veía llegar. Abrió el candado y luego con-

tuvo al bicho tomándolo del collar. El bicho se calló y se quedó quieto. Aunque no me inspiraba nada de confianza, entré.

Caminamos hacia la casa en silencio. El animal caminaba junto a ella, dócilmente. Me admiró que la mujer no hubiera dicho una palabra. Como implicando no sólo que me estaba esperando sino además que no había nada que decir. En esa actitud reencontré una vez más a Luisa. Tampoco ella era de gastar palabras cuando todo era evidente. Simplemente cruzaba la raya y ponía toda la carne en el asador. Me tranquilicé cuando la puerta se cerró dejando a Cerbero afuera.

El decorado de la casita era el epítome del kitsch proletario suburbano o semirrural: repisas de vidrio por todos lados con flores de plástico, busto del Sagrado Corazón, bandejita de Bahía con mariposa enorme y/o tarántula. Pero todo puesto de tal manera que luce en su lugar, en orden, y sin una mota de polvo encima.

La mujer se detiene y se vuelve hacia mí. Me mira a los ojos. Es una mirada firme, fuerte. Me da la impresión de que me explora, de que in extremis quiere confirmar la impresión que le he causado y que nos tiene en la situación en la que estamos. Me pregunto qué es lo que espera ver, qué es lo que ve. ¿Ve nuestras diferencias sociales y culturales y lo que quiere es precisamente eso, la experiencia de lo diferente? ¿Ve, intuye al tipo cogelón que soy y lo que quiere es eso, una buena cogida? ¿Se trata de una mezcla de ambas cosas? ¿O se ha enamorado? Quizá su corazón huraño ha sido alcanzado desde alguna singularidad de mi apariencia por el rayo implacable del Amor.

De pronto nos veo con alguna distancia y me alarma. ¿Qué estoy haciendo aquí con esta proletaria suburbana?

na de rictus áspero, casi agresivo? ¿Desde cuándo corro detrás de las domésticas? ¿Por qué no estoy con mi mujer disfrutando de nuestras vacaciones de primavera? La imagino despertando de la siesta, mirando el reloj, consolándose en la lectura de mi capricho de salir a caminar a la hora de la siesta. ¿Qué hago aquí? ¿Necesito esto?

Repite que nunca me ha privado de una mujer que se me antoje y se deje. Pero ¿esta mujer precisamente...? ¿y en nuestras vacaciones...? Seguramente que ni la habría mirado, tendiera ella las líneas que tendiera, si no fuera por Luisa. Luisa es la que me trajo de vacaciones. Ella me hace ver en Ulisa lo que se le parece, borrando, ocultando a mis ojos todo lo que difieren. Luisa me trajo para que esté con ella. No con Ulisa sino con ella. Si es lo que quiere estoy dispuesto. Oscuramente siento que se lo debo. Falta saber si el encantamiento no va a romperse precisamente cuando el parecido debiera de consumarse.

De repente me pregunto si la mujer vive sola. Miendo detalle. Miro en derredor buscando señales de otro habitante de la casa. No las hay. ¿Tiene hijos? ¿Tiene un marido? Algo en su rictus duro me dice que está sola en el mundo, sola contra el mundo quizá.

—¿Qué busca? —pregunta. ¿Hasta cuándo me va a tratar formalmente?

—Me preguntaba si vivís sola.

—Vivo sola con mi perro —dice.

Aún ahora, en esta cosa densa de intimidad en que estamos —solos, cómplices, mirándonos a los ojos, hablándonos bajito— me pregunto si no estaré leyendo todo mal, si la mujer no está loca y cuando cruce la raya y la toque no va a poner el grito en el cielo. Todo es tan

raro, actuamos como autómatas programados, o como en un sueño.

Finalmente le pongo la mano en el cuello. Deja de mirarme, mira al piso. Y se queda quieta. Le acaricio detrás de la oreja, y luego la nuca. Se deja hacer, como un animalito manso. Entonces me inclino y le beso suavemente los labios.

—¿Qué hace? —pregunta débilmente, con un tono como de sorpresa y confusión en la voz. Es frágil como una niña.

—Te beso.

—¿Por qué me besa?

—Porque me gustás.

—No me mienta.

Sí, como una niña. Soy de ponerme a descifrar después de comerme el plato, no antes. Pero ahora una especie de lucidez o de ilusión de lucidez me dice cosas —quizá simplemente porque son evidentes. Cosas como que es una niña herida, una niña lastimada. Con la mano que tengo en su nuca la atraigo y ahora sí le como la boca. Responde con avidez de hembra caliente. Su mano viene a mi nuca y termina de atornillar el beso voraz. Cuando nos sepáramos, al borde de la asfixia dice:

—Yo sabía.

Como si mi saliva le hubiera revelado mi verdad.

## XIX

No le pregunté qué era lo que sabía. Ella, por su parte, no parecía muy ansiosa por decírmelo, porque se quedó callada.

Realmente, en mí, aquello era cualquier cosa, menos una pasión loca. ¿Usted ha experimentado alguna vez no querer pero no poder evitar? En los sueños. Allí es donde se tiene a menudo esa experiencia. Traté de concentrarme en lo que yo sentía. Poco a poco empecé a verlo con precisión. Sentía la misma avidez, algo feroz y un poco despectiva que cuando besaba a Luisa. Además la misma incomodidad al besar la boca chica, de labios finos y secos, ásperos. Avidez y disgusto que me funcionaban como un afrodisíaco. Al punto de que seguramente la mujer ya sentía mi bulto duro contra su vientre.

—Sabía que esto iba a pasar —dice entonces.

—Ah, sí? ¿Y cómo lo sabías? —pregunto, tolerante como con un niño.

—Cuando pasé en bicicleta y te vi pensé: va para casa. Una bobada ¿no? Y sin embargo, aquí estás.

Sin saber muy bien qué hacer o decir me pongo a sacarle las mariposas del pelo.

—Nada de ternuritas. Vení que estoy caliente —dice, y tomándome de la mano me arrastra hacia el interior de la casa.

Caminamos por un corredor. Pasamos frente a una puerta abierta. Era un dormitorio con cama de dos plazas. Todo muy arregladito, con repisas de vidrio repletas de adornos por todas partes.

—¿No es éste tu dormitorio? —pregunto.

—Sí —dice, pero sigue adelante.

Se detiene frente a la puerta al final del corredor. La abre y entramos. Es una habitación sin ventanas, iluminada solamente por el parpadeo de dos velones colocados sobre repisas en paredes enfrentadas. En cada repisa hay un retrato rodeado de flores artificiales. Me acerco a una de las repisas. En el retrato fotográfico, en blanco y negro, se ve a un tipo de mediana edad, frente abombada, mejillas hundidas y bigotito. No era un tipo agradable. Tenía algo de loco y de baboso.

—Son mis padres, ya murieron —dice Ulisa, hablando bajito como para que no la oyieran, y, acercándose, agarra por encima del pantalón, mi verga erecta. Suelta una especie de suspiro mezclado con gruñido, expresión de desesperada avidez. Tironeando del apéndice me lleva hacia un rincón de la habitación.

Allí hay, colocado mirando hacia el rincón, un pupitre de liceo, de esos que combinan en una misma estructura la mesa y el banco. Antiguo, todo de madera, como ya no se hacen. Al banco se le había sacado el respaldo. Encima de la mesa hay una fusta. La toma y me la da. Corta y muy flexible. Un hermoso instrumento. Hasta moviéndola con delicadeza rasgaba el aire con un silbido amenazador.

Me quedé mirando a la mujer, paralizado por la sorpresa. En ningún momento, por supuesto, me había pasado por la mente semejante eventualidad. No porque fuera rara. Más bien al contrario, como se sabe. El mundo está repleto hasta los botes de gente que desea ser castigada y de gente que desea castigar a los demás. Si no fuera así viviríamos en otro mundo, probablemente mejor, y no en esta pocilga sangrienta. Simplemente que yo esperaba, sin pensarla explícitamente en realidad, que puesto que Ulisa era Luisa se comportaría dentro de sus parámetros,

que incluían esto... pero no así, sino como un condimento entre otros, y más en el orden de la humillación, sin fusta, y más bien a pedido, y no como plato principal, de vitrina, digamos.

La habitación ciega, el culto de los monstruos tutelares, el pupitre cuya función comprendí... Respiré hondo. En realidad yo no quería aquello. Era pueril y triste. La mujer era pueril y triste. En su rostro apenas iluminado por el parpadeo de los velones los ojos brillaban intensamente.

—¿Qué? ¿No querés? —pregunta, agresiva.

No digo nada. En mi mente de pronto se ha abierto una especie de agujero negro que empieza a tragarse todo lo que no sea ese deseo bestial que comienza a desperezarse.

—¿Me equivoqué? —pregunta con una puntita de decepción y otra de desesperación en la voz.

Yo ya había saboreado esos placeres antes. No era eso lo que me detenía. Era la mujer misma lo que rechazaba. Me sentía Penélope tratando de reconocer a Ulises debajo de su disfraz. Pero la imagen no terminaba de coincidir: Luisa, a pesar de su complicidad en los juegos rudos, nunca había querido aquello. Quizá la acobardara cierto tipo de dolor físico —otros no—, o bien la simbólica del látigo la bloqueaba. Tanto había identificado a Ulisa con Luisa que me desconcertaba que en el momento decisivo no coincidieran los datos de esta realidad con los de la memoria. De todas maneras no era el momento para dudar mucho. Lo haría, por supuesto. Le iba a dar lo que me pedía, y saldría lo que saliera. Para algo había llegado hasta allí y no era yo el que ponía las reglas del juego.

Como si hubiera oído mis conclusiones Ulisa se arrodilla en el banco del pupitre y apoya los codos sobre la mesa.

Sus nalgas quedan a la altura apropiada para el castigo. Para eso, para poder adoptar esa posición, es que habían sacado —ella o alguien ¿quién?— el respaldo del asiento. Gira la cabeza y me mira por encima del hombro.

—Dale —dice.

Para decirlo melodramáticamente: nunca fue necesario insistirme mucho para que me zambulla en las aguas de la lujuria. Me desabrocho el pantalón y saco afuera la verga enhiesta. Al verla la mujer deja escapar otra vez esa especie de suspiro exasperado. Le levanto la falda dejándosela sobre la espalda. Lleva una gran bombacha blanca, la menos sexy del planeta. Se la bajo hasta la mitad de los muslos. El débil resplador de los velones no me dejaba apreciar adecuadamente sus por lo pronto robustos encantos.

Traje el velón de la repisa más cercana. Al hacerlo, fugazmente, vi el otro retrato. No era como el del padre la ampliación de un detalle, sino que era una foto de estudio. Por más compuesta y retocada que estuviera había en los labios de la mujer, muy joven aún, un rictus de decepción imborrable.

Ulisa me espera inmóvil. Sumergida de cabeza en la penumbra del rincón exhibe impertérrita sus partes pudentas con una especie de disciplina monacal, o con la tosudez del que clama por su castigo. Acerco a sus encantos la débil luz. Piel dura, piel de gallina, como se dice, en las asentaderas, plagadas de granitos colorados. Un poco de celulitis prematura en la parte alta de los muslos. Muy oscuras las mucosas, quizá con un tinte violáceo, imposible asegurarlo con tan poca luz.

Pongo el velón en el piso, en el lugar justo para mejorar con un toque espectral el prosaico culo de Ulisa. Hago silbar al instrumento su amenaza varias veces antes de

aplicar el primer fustazo. Descargo finalmente, tan suavemente como puedo, pero al hacerlo comprendo que con este instrumento no hay parodia posible, no hay manera de que no muerda y queme. Trato de mantener la mano tan liviana como me sea posible, pero aún a la luz del velón veo las rayas rojas multiplicarse sobre su piel muy blanca. Con cada golpe Ulisa se estremece y suspira, pero apenas algún gemido se le escapa de la garganta. No estaba debutando conmigo, sin duda alguna. Me mira por sobre el hombro, o para ser más preciso, mira mi verga erecta, también iluminada por el velón.

Con cada golpe aumenta mi excitación y disminuye el control con que puedo graduar el castigo, consciente de lo cual me esfuerzo por suavizar más y más la mano. Mis remilgos terminaron por impacientar a Ulisa.

—Más. En la concha —ordena, implacable consigo misma.

Caliente como estoy termino por dejarme llevar por la música de los silbidos en el aire y de los estallidos sobre la piel. Apoyo la mano con más fuerza. La inclino de manera tal que la serpiente de fuego penetre en el canal de la entrepierna. Entonces sí gime de placer y de dolor. Separa cuanto puede los muslos. En la penumbra alcanzo a ver cómo con cada golpe sus orificios se abren y cierran como bocas de monstruos marinos. Las oscuras fauces desdentadas se muestran y se esconden. Ulisa copula con el aire en busca de un orgasmo.

Estoy consciente de que me estoy convirtiendo en una máquina de pegar, cada vez más fuerte. La explosión orgásmica se concentra incontrolable en la punta de mi verga. Siento miedo de no poder parar hasta realmente lastimarla. En ese momento exige, casi gritando:

—Dámela ahora.

Arrojo la fusta al piso, me tomo de aquellas nalgas en carne viva y le hundo la verga en la concha tan a fondo como puedo. Poseída por todos los demonios se pone a golpear con las nalgas contra mi vientre. Acaba de inmediato gritando como loca. Por suerte en aquel maldito páramo no había vecinos. Nunca vi nada igual. No sé cuánto le duró el orgasmo, o la cadena de orgasmos. Estaba tan caliente que tenía la cavidad vaginal como dilatada y las paredes de la cavidad duras como plástico. En algún momento de su agonía yo di el paso atrás y solté digna y discretamente lo mío, demasiado impresionado por el trance de su acabada como para concentrarme en sacar del asunto todo el partido posible.

La erección no cedió en absoluto. Descargado, volví a penetrarla y ella siguió empujando contra mi vientre como si le fuera la vida en eso. Después, de repente, clic: todo había acabado. Ni aullido final al tocar la luna, ni modorra, ni nada. Se detuvo en seco como si hubiera habido un apagón en su sistema de agite. Se bajó de su potro de los suplicios y se arregló la ropa. Guardé la verga, tiesa todavía. Ulisa puso el velón en su lugar, después se acercó y me ofreció los labios. Al apoyarse contra mi cuerpo sintió la verga, todavía dura como piedra.

—Dios bendito —dice—: ¿querés más?

—Tengo que irme —digo, sabedor por experiencia de que el tipo de calentura que tenía podía darme para absolutamente cualquier cosa durante quién sabe cuánto tiempo.

La besé. Sin sentir rechazo esta vez. Ella sonrió, creo que por primera vez desde que la conozco. Su sonrisa era una mueca más bien desgradable. Y dijo, otra vez:

—Yo sabía.

## XX

Todo sucedió en realidad en cuestión de minutos, por más que recordándolo me parezca eterno. Elvira, que no es de siestas largas, todavía dormía cuando regresé. En la ducha me froté cada centímetro de piel, como si hubiera caído en un pozo de petróleo, por no decir otra cosa. El frente del pantalón estaba manchado con los efluvios de Ulisa. En la imposibilidad de lavarlo y colgarlo, o de mandarlo a la tintorería, lo doblé y lo guardé en mi portafolios, que tiene llave —pero además en el que sé que, por ninguna razón o sospecha en el mundo, Elvira husmearía. Tengo para mí que Elvira es incapaz de sospechar de nada. Para ella las cosas son tal y como parecen, y si no, que le expliquen.

Me sentía incapaz de digerir la experiencia. Una cosa son los jueguitos eróticos, más o menos rudos en los que se puede incurrir con la sana intención de sacar todo para afuera y alcanzar niveles de intensidad y, por consiguiente, de disagregación del yo superlativos, y otra la saña con que estuve dispuesto a darle gusto a esa mujer. Nunca antes, hasta donde puedo recordar, había sentido miedo de mí mismo. Tener miedo de uno mismo es una sensación realmente espantosa.

Hubiera querido que Elvira y yo nos fuéramos a otro lugar, a otro balneario. Pero ¿cómo explicarle la razón que tenía para querer salir a escape? Nunca había hecho algo así. Si me atenía al mero capricho ella objetaría que perderíamos el valor del alquiler de la casa, ya pago. Y para su sentido pragmático de la realidad ese sería un argumento sólo levantable in extremis. Elvira tiene una visión idílica de nuestro matrimonio y, para mí, convi-

vir con —o, en momentos de extrema ternura, inclusive compartir— esa visión es demasiado importante como para arruinársela (¡a causa de un enredo sin sentido con una doméstica!).

Me sentía físicamente vacío, como si me hubieran aplicado una bomba de succión en algún orificio y no hubieran dejado de mí más que la apariencia hueca. Y me sentía espiritualmente vacío, incapaz de fijar alguna imagen o idea en la tábula de la conciencia para pensarla, analizarla, comprenderla. Insisto: este doble vacío no se debía al mero haber estado con otra, hacerlo considero que es un derecho y una necesidad, como ya he explicado. Se debía a la demencia que impregnaba toda la situación: a sentirme títere en manos de Luisa y a la experiencia límite de violencia sexual a la que se me había sometido.

Fuera Ulisa el fantasma, la reencarnación o un capricho de Luisa lo cierto es que yo me sentía enfrentado a mi némesis. Había imaginado que, de alguna manera, ceder a Ulisa, dado su absoluto pero indefinible parecido con Luisa, me hubiera finalmente liberado de ésta, como si pagara un tributo confesando mis culpas. Ahora, deprimido y desalentado por la experiencia, ya no creía que así sucedería. O quizás sí, quizás por alguna extraña alquimia así sucedería, pero ¿a qué costo?

De pronto me pasó por la mente que quizás Ulisa necesitara asistencia médica. Cuando toqué sus nalgas la piel estaba verdaderamente en llamas. Quizás iría a un servicio de asistencia médica y el médico considerando aquello como heridas graves o maltrato grave daría parte a la policía. La obligarían a decir quién había sido. Vendrían a pedirme cuentas en nombre de la ley. Sin embargo al acompañarme hasta el portón parecía estar normal.

Abierto el portón miró a un lado y a otro del camino asegurándose ahora de que nadie me veía salir. Después me besó fugazmente y dijo:

—Adiós, amor.

Ese asomo, ese puntito de sentimentalina estereotipada me disgustó más todavía. ¿"Amor" un perfecto extraño que sin el menor escrúpulo le deja el culo en llamas? Evidentemente que yo no era el primero que colmaba de tal forma sus expectativas. El improvisado reclinatorio para castigos que tenía en esa especie de cámara mortuoria no lo había montado ayer después de conocerme. La misma frialdad con que fue al grano conmigo denunciaba el hábito. Si su padre había sido profesor no podía ser casualidad que el potro de sus torturas fuese un pupitre liceal. Quizá su mismo padre la había iniciado en esos dolores y esos placeres.

Quizá... quizá ella ejercía un tipo de prostitución especializada. Eso explicaría la frialdad y ese casi profesional "adiós, amor". Pero entonces ¿por qué no me cobró? ¿cómo imaginó que yo quería lo que ella vendía? ¿lo advinó? ¿hay algo en mi apariencia física, algo que nunca en mi vida vi mirándome al espejo, que le dice a una aficionada o a una profesional que soy el candidato justo para esos menesteres? Eso explicaría el "yo sabía". ¡Pero no! ¿Una profesional especializada en una casita humilde en las afueras de un pueblo, en un paraje perdido? En un pueblo chico todo el mundo sabe todo de todos. La mercera no nos la hubiera sugerido para limpiadora.

Toda aquella especulación era un enjambre de disparates que me revoloteaba en la mente como moscardones sobre carroña. Mientras me deslizaba por la espiral delirante el agua de la ducha me caía encima ya casi fría. No,

ella no iría a consultar a un médico. Esa forma de placer en ella era un hábito y sabría bien como curarse. Lo que estaba claro era que por la mañana no vendría a trabajar en bicicleta.

Elvira no tardó en percatarse del estado de perturbación en que me encontraba. Quizá, en realidad yo mismo, necesitado de mimos y cuidados especiales, con gestos y visajes se lo sugerí.

—¿Qué es? ¿qué te pasa? ¿te agotaste caminando? ¿no sería mejor que durmieras a la hora de la siesta? —me decía— ;acaso no vinimos aquí a descansar?

Nos quedamos el resto de la tarde en el fondo de la casa, al abrigo del viento de la costa, leyendo y haciéndonos arrumacos. Al atardecer se exilió en la cocina a prepararme uno de mis platos favoritos: pollo a la cazadora. Lo comimos abundantemente regado con un blanco dulzón de la zona del que traímos recomendaciones. Después escuchamos juntos la primera parte de La Pasión según Mateo. Nos dormimos abrazados. Abrazados de frente. Elvira es la única mujer con la que he sido capaz de dormir totalmente abrazado, ciñéndonos mutuamente, pecho contra pecho, entrelazadas las piernas. Desde la primera vez que sucedió supe que eso tenía para mí un significado especial y profundo.

## XXI

La mañana siguiente cuando puntualmente sonó el timbre de la puerta suspiré aliviado. La mujer estaba suficientemente bien como para salir a trabajar.

Cuando rato después entré en la cocina a preparar el desayuno se volvió y me miró a los ojos con una mirada en la que para mi sorpresa había una mezcla de reproche y amenaza.

—Buenos días, Ulisa —dije, tratando de marcarle bien los límites de la cosa.

Por toda respuesta me dio la espalda y se subió la falda hasta la cintura. Debajo estaba desnuda, seguramente que no por sensualidad sino porque las rayas rojas con que tenía cruzada la piel de las nalgas no hubieran soportado ni el contacto de la seda. ¿Qué quería esta mujer exhibiendo así las consecuencias de sus descontroles? ¿Qué significaba su mudo y absurdo reproche? ¿Querría chantajearme? ¿Era parte de su placer exhibir las huellas de su humillación?

En todo caso pensé que lo mejor era tranquilizarla un poco. Me acerqué y acaricié las cicatrices rozándolas apenas con la punta de los dedos. Ella apoyó la nuca sobre mi hombro.

—Más abajo —musitó.

—Acá no —respondí, terminante.

—Un poquito —rogó.

Llegué con la mano a la entrepierna, abrí con el dedo medio los labios. Se le escapó un siseo de dolor. Abajo también estaba en llagas. Estaba, además, ensopada y caliente. ¿Caliente ahí lavando platos y esperando que yo viniera a la cocina? Todo su cuerpo se estremeció y de sus labios se escapó un

suspiro cuando toqué el botón, y otro más largo y profundo cuando le hundí un dedo y luego dos en la vagina.

—¿Ves cómo me dejaste? —musitó.

—¿Te duele mucho?

—No hablo de eso. Te pregunto si ves cómo me dejaste de mimosa.

Apoyé mi vientre contra su flanco, confesándole mi estado. Entonces sonó mi alarma mental. Iba a terminar cogiéndome su lastimado culo contra la mesada de la cocina. Elvira seguramente que no iba a interrumpirnos. Estaría todavía leyendo en la cama, o cuando mucho duchándose para vestirse y desayunar. Pero de todas maneras yo no iba a hacer eso, no iba a dejarme ir, no iba a correr ni el menor riesgo.

Me arrodillé. Besé y lamí las cicatrices. Bajé con la lengua hasta el canal y después subí hasta el ojete. Ulisa se inclinó sobre la mesada abriéndose por completo. Otra vez me salvó la campana: saltaron las tostadas. Me paré y le bajé la falda. Cargué la bandeja del desayuno, la recogí y salí de la cocina, seguido en cada movimiento por su mirada.

—Malvado —alcancé a oír que decía, melosa.

Como en un dibujo burlesco hubiera podido poner la bandeja a hacer equilibrio en la punta de mi verga, tan rígida y empinada estaba. Dejé la bandeja en la mesa de la sala y fui al dormitorio. Elvira estaba todavía con la bata de baño. Sentada en el borde de la cama se cortaba las uñas de los pies. Venció en mí el tierno vínculo que me une a ella, o tal vez mi inveterada incontinencia sexual, y decidí propinarle a mi legítima esposa el polvo que tenía en ebullición. Sin decir “agua va” me abrí el pantalón y le mostré el aparato en estado de tumefacción total.

—Mi amor —dijo, sonriéndome mimosa, conmovida por lo que le parecería una forma pueril de demanda sexual.

Se sacó la bata y completamente desnuda se acostó en la cama con las piernas abiertas. Hermosa como nunca. Más brillante que mil soles. En un gesto inédito en ella con los dedos se abrió la flor y me mostró el lugar adecuado.

—Mi amor —dijo otra vez.

Me desnudé yo también completamente, con la vista fija, como en un trance hipnótico, en la flor delicadamente rosada y abierta. Cuando la penetré sentí esa dulzura, ese alivio, ese sacarse de encima provisoriamente el peso del mundo que sólo puede sentirse al hundirse profundamente en el sexo de la mujer amada. Elvira se abrió más, levantó las rodillas para completar toda la posibilidad de penetración.

—Mi amor —dije yo entonces, y escondí la cara entre su hombro y su pelo. No quise besarla con la boca que había lamido a Ulisa. Elvira me abrazó con los brazos y con las piernas. Nuestros sexos perfectamente sincronizados partieron directamente en busca del orgasmo: para el viaje en que estábamos no habría escalas técnicas. Como la flecha soltada por la cuerda tensa describiríamos una parábola precisa y estallaríamos en el mismo blanco. Saber que así sería y que nuestras almas unidas se disolverían en la alegría más serena y más perfecta era un plus de felicidad anticipado que potenciaba al infinito el placer de la tarea amorosa.

Entonces fue que a mis ojos se les ocurrió abrirse, y al abrirse vieron sobre la mesa de luz el reloj despertador, y en la luna de vidrio del reloj vieron reflejada la puerta del dormitorio, y vieron que la puerta estaba semiabierta y

que desde allí observaba nuestro coito místico la buena de Ulisa.

A punto estuve de saltar, pero me contuve. La última cosa en el mundo que quería era precisamente ese escándalo. Nos vi desde sus ojos. Los muslos de Elvira completamente abiertos y el banco de músculo de mis gluteos empujando la verga cuerpo adentro. Ulisa tenía en primer plano esa cosa imposiblemente fea y maravillosa que es una cópula. Una cópula además lanzada a todo vapor en busca del espasmo. En ese momento, para mejor Elvira cruzó sus tobillos sobre mis riñones levantando más la entrepierna. ¿Qué podía estar pensando la mujer? Ella me había puesto la verga como piedra y yo había corrido a dársela a mi mujer. ¿Estaría furiosa o estaría disfrutando vicariamente de su rol subalterno? ¿Disfrutaba del palo que ella había sazonado y que ahora Elvira estaba degustando? Temblé ante la idea de que la mujer, loca de pasión, saltara dentro del cuadrado mágico. Con la sana e ingenua intención de participar, de lamer la cópula, por ejemplo.

No podía dejar de mirar a Ulisa en el improvisado espejito. Con horror comprobé que el goce del abrazo había mutado. Ya no me estaba cogiendo a Elvira deseando íntimamente disolverme en ella. De pronto me la estaba cogiendo para los ojos de Ulisa, para que Ulisa viera cuán magníficamente gozaba con Elvira, para que se sintiera despreciada ella con su culo cruzado de cicatrices. Abrí más mis muslos para que ella pudiera apreciar mejor la cópula. Exageré mis movimientos como un performer. Elvira gimió de una manera que yo sé que significa que está al borde mismo del orgasmo. Yo estaba atrasado, me había desincronizado de lo que debía ser una explosión perfecta.

Aceleré entonces y al hacerlo Elvira se despeñó en el placer. La alcancé antes de que terminara de acabarse.

Fue muy fuerte. Quedamos abrazados, hamacándonos suavemente, mecidos en el ritmo cósmico. Nada en el mundo hubiera podido despegarnos. Sin embargo, dentro mío yo sabía que el polvo que debió haber sido no fue. Ni por un instante dejé de estar consciente de que Ulisa nos estaba mirando. Esa distancia mental estuvo siempre ahí. La disolución completa en el abrazo que me había prometido no tuvo lugar.

Al abrir los ojos en el espejito la puerta seguía semiabierta, pero Ulisa ya no estaba allí. La dejó semiabierta deliberadamente, para que yo supiera que nos había visto. Cuando Elvira volvió en sí me di cuenta de que aunque no sabía por qué, sí sabía que yo a partir de algún momento me había distanciado. Esas cosas, aún sin poder llegar a pensarlas, a formularlas, se sienten. Estuvo un rato acariciándome sin decir palabra, como consolándome. Después, al empezar a incorporarse dijo, divertida:

—¡Qué bárbaros! La puerta estaba abierta.

## XXII

Desayunamos con los dedos enlazados y haciéndonos arrumacos, y con Ulisa que, pasando de la cocina al dormitorio y del dormitorio a la cocina, tomaba nota de nuestras dulzuras. Cada vez que aparecía no podía evitar el recuerdo de sus nalgas decoradas a fustazos. Una vez me parecía ridículo y patético y la vez siguiente vagamente excitante. Evité cuidadosamente quedar con ella a so-

las. Salí a hacer mandados y después me senté en el fondo de la casa, donde no podía ir a buscarme sin arriesgarse a que Elvira la viese. Un par de veces su rostro se dibujó detrás del mosquitero de la cocina, mirándome, insistente. Finjí no verla. Ahora sí que estaba totalmente decidido a no reincidir. Convencido de que aún sin enfrentarla para decirle que no quería más nada con ella, o sin pedirle a Elvira que la despidiera —lo que sería ruin de toda ruindad—, o sin que nos fuéramos a terminar la vacación a otro balneario, me sería posible eludirla hasta que comprendiera que ya no podía contar más conmigo, o hasta que pasaran los días que nos quedaban de vacaciones. Nunca volvería a alquilar en la zona y colorín colorado. El extraño —intenso y evanescente— parecido físico con Luisa, y el patronímico anagramático ya me importaban muy poco. La relación con aquella mujer vulgar era obscura y peligrosa, pero el hechizo con que Luisa me había atado a ella me la hacía absurdamente irresistible. La única cosa razonable era cortar cuanto antes.

Sobre mediodía, después de que hubo partido Ulisa, empezó a llover. Una de esas lluvias copiosas y mansas que arrancan como para no parar en un buen rato. Preparé una carne asada en el parrillero techado mirando cómo la lluvia lavaba el monte vecino y libando un interminable aperitivo. Cada tanto Elvira, que prefería leer en la cama, venía y se sentaba sobre mis rodillas, se mojaba los labios con mi Manhattan y me besaba dulcemente. Resuelto definitivamente en mi mente el “asunto Ulisa” la olvidé por completo y me reencontré con la felicidad de estar de vacaciones con Elvira. No obstante, y aunque con la lluvia la idea de salir a caminar a la hora de la siesta ya no tenía sentido, desconfiando de mi capacidad para re-

chazar las tentaciones y a los demonios que las proponen, dejé que el vino, la modorra y la tibieza complaciente del cuerpo de Elvira hicieran lo suyo, y esta vez nada vino a impedir que la delicia conyugal fuera perfecta. Muerto el perro —pensé, creí— se acabó la rabia. No se puede tentar a quien —uno de mañana, otro de tarde— no está en condiciones de tener ganas.

Fue, se comprenderá, una siesta larguísima. Por el ejercicio previo y porque sintiéndome por fin fuera del hechizo, me había relajado del todo y muy desde dentro. Cuando desperté atardecía. Llovía igual de parejo. Elvira en la cocina oía música de Satie y preparaba tortas fritas. Incurrimos en esta desgracia gastronómica no más de un par de veces al año, en tardes de lluvia y sin obligaciones.

Después de una ducha caliente, flácido el cuerpo de tan cogido, tomadas las decisiones inteligentes, me sentía ligero y lúcido como nunca antes. Me tendí en el sofá a disfrutar de la sensación de bienestar. Ah, el pequeño Satie, tan amable, tan modesto, y tan difícil de tocar. Tan difícil imprimir ese carácter dubitativo, o vacilante, o gentilmente irónico, o ingenuo a cada acorde, a cada nota, a cada silencio. Me sacaron del encantamiento la fuente de tortas fritas, el tarro de dulce de leche y el chocolate caliente.

Serían las ocho de la noche cuando salí al parrillero a buscar más leña para la estufa. Estaba llenando el canasto con piñas y astillas cuando de pronto una voz de mujer me llamó por mi nombre. Giré buscando con la mirada pero no vi a nadie. La voz sólo podía provenir del monte de pinos vecino, y sólo podía ser la voz de Ulisa. Desde el parrillero el monte no era para mí sino una pared de

oscuridad. ¿Podía ser que la mujer estuviera allí, en la oscuridad, bajo la lluvia, espiándome, llamándome, como una perra en celo?

Por un momento pensé que se trataba de una alucinación auditiva, y un poco como que me asusté. "Hay alguien en mi cabeza y no soy yo". Pero no, otra vez sonó la voz y esta vez estuve convencido de que había sonado en mis oídos, clara y distinta. El dilema pues, era sencillo: o bien acudía al llamado o bien me arriesgaba a que la mujer —que aparentemente estaba fuera de sí— llevara las circunstancias al extremo.

Acudir significaba entre otras cosas empaparme. La mujer estaba parada entre los pinos, sin paraguas, los brazos lacos a lo largo de los flancos, el pelo pegado a la cara, absolutamente empapada. ¿Cuánto tiempo podría hacer que estaba ahí?

—¿Qué pasa? —le pregunto marcando en el tono mi malhumor.

—Nada —dice—. Quería estar con vos, un minuto.

—Estás loca.

—No.

La verdad es que vista así, de cerca, apenas iluminada por la luz del parrillero no parece estar tan fuera de sí. Al contrario, parece muy relajada, quizá satisfecha ya que ha logrado su objetivo.

—Es sólo un minuto —agrega para tranquilizarme.

—Bueno —digo, decidiendo llevar la cosa en paz. Pero agrego, grosero—: Está corriendo el minuto.

Ella toma mis palabras, evidentemente, como una invitación a proceder, y como tiene una idea muy clara de cómo proceder da el paso al frente: se arrodilla y abre el frente de mi pantalón.

—No —protesto, vagamente, pero no insistí. Pienso que con las dos performances del día no puede conseguir nada de mí y se desengañará.

—Sólo un minuto —ronronea, ya metiéndose el gusano dormido en la boca.

De repente, durante un instante interminable una seguidilla de relámpagos ilumina con luz espectral la escena. El rayo se descarga y nos estremecemos como si hubiera temblado la tierra misma. La lluvia arrecia, el viento empieza a soplar con fuerza. El estallido de luz y ruido me ha producido una especie de exaltación, arrancándome del espacio y del tiempo en el que Elvira está esperándome. Ulisa se aferra a mí con más fuerza, redobla la intensidad de la mamada. Me produce sensaciones muy fuertes, muy animales, de las que pueden llevar a una acabada sin pasar por la erección. De pronto se para y, manteniendo la verga en su mano izquierda, mientras la menea rudamente, dice:

—Pegame en la cara.

Tengo que decirlo sin ambages: de sólo oír sus palabras la verga terminó de enderezarse. Le doy una cachetada, bastante fuerte. La recibe sin conmoverse, sin dejar de mirarme a los ojos. Allá abajo el bicho se encabrita. Lo menea con más fuerza, y con más torpeza.

—¿Así querías? —pregunto retóricamente.

—No, así no —dice, mordiendo las palabras, y agreea—: así.

Y con una rapidez que para nada me esperaba me da un golpe tremendo en la cara con la mano que tiene libre. El golpazo me sacude y tardo segundos largos en reaccionar. Entonces la miro a los ojos. Los tiene muy abiertos. Me mira como se mira a una alucinación. Espera mi golpe.

Le doy realmente fuerte. El golpe le da vuelta la cara. Pienso que le va a quedar un ojo negro. Vuelve a mirarme a los ojos, con la misma mirada de obsesión.

—Más fuerte, marica —escupe—. Más fuerte.

Esta vez le doy con todo, realmente solté la mano. Cuando vuelve a mirarme jadea de excitación. Está consiguiendo una vez más lo que quería. Con pánico en el alma pienso que si pone empeño va a conseguir lo que quería y probablemente algo más. Todo se ilumina otra vez y con el trueno llega otro bombazo de agua y viento. El ojo de la tormenta está cada vez más cerca. Es peligroso seguir a la intemperie.

—Más —grita con toda la garganta.

Le doy otra vez sin medirme. La derribo. Ahora los relámpagos son continuos. La noche era día, pero un día de luz funesta. Está mareada por los golpes. Consigue ponerse de rodillas. Un hilito de sangre le baja desde la nariz, borroneado por las ráfagas de lluvia. De rodillas tiene delante de sus ojos mi verga erecta, erecta como un pararrayos, como un dedo que apunta al cielo y lo amenaza. La manotea y se la mete hasta el fondo de la garganta. Succióna como si quisiera sacarme el alma por el ojetito de la verga. Quiere vaciarme, ya. Nada de eso, pienso, embriagado de crueldad. Tirándole del pelo la obligo a pararse. Le doy otra vez, aún con la mano abierta, pero tan fuerte que se tambaleó.

Entonces sí, a lo bruto, la hago girar e inclinarse hacia adelante. Le levanto la falda. Sigue sin calzones. Le hundo la verga en la concha. Ella tiende las manos hacia atrás y se toma de mis caderas. Se pone a cogerme con movimientos tan descontrolados, rotando las caderas y a la vez empujando contra mi vientre, que caemos en el ba-

rro. Le pongo la mano sobre la nuca, empujándole la cara contra el barro. Le abro el culo metiéndole un dedo y, de inmediato, en el ojete apenas abierto le clavo la verga. Lo tiene apretadísimo, quizá sin uso, tan apretado que me duele la penetración. Trata de zafarse de la mano que le mantiene la cara contra el piso. No me importa. Sólo un balazo hubiera impedido que consumara aquello. La verga finalmente se me hincha y explota en sus entrañas. Me derrumbo sobre su espalda. La oigo jadear debajo mío, pero no dice nada.

Me paro. Sigo con la verga totalmente rígida. Ella se sienta en el piso. Se fricciona el cuello, dolorido. Ve la verga erecta.

—Sos una bestia —dice.

—Gracias —digo, fanfarroneando, mientras hago esfuerzos para devolver al bicho rebelde a la jaula.

—Vení, dámela, hacé conmigo lo que quieras —dice, con la voz estrangulada por la furia de su deseo.

—No —le digo en plan cínico—, lo que queda es para mi mujer.

Sentada en el barro abre las piernas y empieza a masturbarse. Los relámpagos empiezan a sucederse sin que se descargue el trueno. Todo está bañado con una terrible luz blanca. Es algo extraño, imposible, tengo la impresión de que algo tremebundo va a suceder.

—Meame encima —pide con la voz entrecortada por la excitación de la paja.

—No se puede mear con la pija dura —digo.

—Entonces dejame que te la chupe hasta que acabes y después me meás —ruega, impaciente. Refriega las nalgas contra el barro remedando el coito. Está por acabar. A la luz de los relámpagos veo que tiene los ojos cerrados

y la boca abierta, como una máscara de la muerte—. Pegame —aulla—. Pegame.

A punto de darle un puntapié me contengo. Le doy una cachetada terrible. No sé cómo no le partí un hueso. Cae de costado en el barro sin dejar de masturarse. Hecha un ovillo. Empieza a acabar como si el orgasmo le doliera, con estertores apenas audibles, sin teatro, como si fueran los estertores de su agonía. Entonces pareció que el mundo se rajaba cuando el rayo largamente preparado estalla sobre nuestras cabezas. A punto estuve de tirarme al piso y taparme la cabeza con las manos.

Corré hacia la casa sin decirle una palabra más. Me golpeé la cabeza con una rama baja y caí al piso. Recogí el canasto de leña en el parrillero y traté de tranquilizarme, como si pudiera fingir que nada en absoluto había sucedido. Elvira se había adormecido en el sofá. Se despertó al oírme entrar. Se le escapó un grito al verme. Le dije que me había parecido que un gatito lloraba dentro del monte y fui a buscarlo. Soy muy bueno para mentir. Repentizo, y además soy convincente. Me creyó, por supuesto. No hay más creyente que el que ha excluído la posibilidad de no creer. Me llevó al baño. En el espejo vi que me había cortado la frente y que la sangre me bajaba por un costado de la cara.

—Estás loco, mi amor. Cómo te vas a meter en el monte de noche y con esta lluvia. Sin impermeable, sin linterna, sin nada. Además aquí es campo abierto, te puede matar un rayo. Ahora resulta que sos un tarado sentimental —concluyó prodigándome mimos mientras me desnudaba y me empujaba bajo la ducha.

Dentro de mí me sentía completamente desolado. No solamente una vez más no había sido capaz de resistir la

tentación que me significaba el sosiego de Luisa. Además me había dejado ganar por el deseo más oscuro, el de dañarla, de lastimarla, quizás —pensé con verdadero horror— de matarla. Estaba aprendiendo cosas de mí que no quería conocer. La angustia no me dejó dormir hasta muy tarde. Pensaba que quizás con mi último golpe Ulisa al caer se abría golpeado la cabeza con una piedra —como sucede en las películas—, y que quizás lo que yo había tomado por sacudidas orgásmicas habían sido convulsiones de agonía, y que los gemiditos que le oí no eran ahogadas expresiones de placer sino estertores de agonía, y que a esta hora seguía allí tirada en el monte, completa e irrevocablemente muerta. Cada vez que cerraba los ojos tenía la sensación de estar cayendo en un abismo sin fondo.

C A S A E D I T O R I A L

H

II  
XXIII

M

Convencí a Elvira de que saliéramos temprano de paseo. No quería ni ver a la mujer. Al punto de que mientras Elvira le abría la puerta del frente yo salía por la del fondo. Almorzamos en Punta del Este y regresamos temprano de tarde. Vanamente busqué, con una mezcla de ansiedad y temor, alguna señal o mensaje que pudiera haberme dejado. No lo había. Mejor así, pensé, aliviado. Por la tarde Elvira tenía agendado ir a la peluquería. Conocía a la peluquera del verano pasado. Mi idea era comprar los diarios, irme al bar, pedir un café con cognac.

Era sábado y la rambla estaba mucho más concurrencia. Solo, sentado en un banco frente al mar, vistiendo jogging, leyendo un diario y tomando un helado estaba Mireles.

Se me encendieron las alarmas. ¿Mireles otra vez? Para mi ánimo, a esta altura de las cosas algo suggestionado, Luisa era el Diablo y Ulisa y Mireles sus lugartenientes. Lo primero que pensé, pues, fue eludirlo. Sin embargo mis pasos tenían otra idea. Me acerqué. Fue un impulso. Retrospectivamente podría decir que fue una intuición. Salvífica.

—Buenos días —le disparé, amistoso por demás.

—Ah, hola ¿cómo está? —respondió sin pizca de entusiasmo. Ni se paró para darme la mano.

—Me recuerda ¿verdad? —pregunté sonriéndole de oreja a oreja. Me parecía el tipo de gente cuya memoria sólo funciona en contexto.

—Claro, por supuesto, el amigo de Luisa —disparó el palurdo, yendo groseramente al grano.

Puesto que para atenderme había dejado de lamer su helado, la crema —que evidentemente estaba un poco blanda— había empezado a escurrírsele entre los dedos. Hizo un gesto de contrariedad, se paró y tiró el helado dentro de un recipiente para residuos, no sin antes propinarle una última y energética lamida. Se limpió las manos con un pañuelo arrugado que llevaba en el bolsillo. Una vez más me impresionaba la cantidad de muecas que se sucedían sin descanso en sus facciones. Creía estar siendo continuamente filmado en primer plano.

—¿Sabe, Mireles? —arranqué, sin tener mayormente idea de a dónde quería llegar—. Usted es la única persona que conozco que conoció a Luisa.

Ahí le dejé un silencio, para ver cómo salía. Salió a lo bestia.

—No pretenderá que nos pongamos a cambiar figuritas —escupió alzando las cejas en un gesto de preventión, o de advertencia.

—Bueno... lo que se dice cambiar figuritas, no —reculé, estudiándolo—. Pero no sé... hablar un poco de una amiga común, prematuramente fallecida, se puede ¿no?

—Hablar por ejemplo ¿de qué?

Evidentemente el tipo regenteaba su vida privada más o menos como manejaba las asambleas del gremio.

—Por ejemplo: ¿puedo preguntarle si pensaron en vivir juntos, en formar una pareja, en casarse? —maldito si me importaba semejante información, simplemente estaba dando palos de ciego siguiendo el hilo de mi intuición.

—Yo soy casado. Tengo una familia —dijo, pero en su voz hubo una pequeña vacilación, como si aquella hubiera sido una declaración exculpatoria, justificatoria.

—Pero a usted le importaba Luisa —afirmé, como si tuviera un dato firme, o como si se le notara.

—Claro que me importaba —reaccionó, como si lo hubiera acusado de algo—. Era una mina de primera.

—¿Qué es para usted una mina de primera? —insistí, a sabiendas de a qué lugares comunes me exponía.

—Buena gente —gruñó lacónico después de pensárselo durante casi un minuto entero.

—¿Sólo eso? —insistí, veladamente acusador, sabiendo que no era sólo eso pero que aunque se empleara a fondo no mejoraría demasiado su definición.

—No, claro —reculó, pero no supo qué agregar. Recurrió a los sobreentendidos masculinos—. Usted sabe de qué hablo...

Lo ayudé, afirmando con la cabeza que sí, que yo sabía de qué hablaba. Me llamaba la atención que el tipo hubiera aceptado tan fácilmente la posición de interrogado, de ser cuestionado, de alguna manera. Estaba claro que

se sentía incómodo recordando a Luisa. No le cerraban las cuentas. Como a mí, en cierto modo. Se quedó mirando el horizonte marino. Buscaba las palabras. Tenía la voluntad de ser más explícito, de decir.

—Era bárbara. Estaba para lo que fuera. Pero no a lo loco, sino bien... Como que uno con ella se sentía comprendido. Así como hay hombres que entienden a las mujeres ella era una mujer que entendía a los hombres. Lo que necesitamos.

Me tomó por sorpresa su salida. La certeza de su comentario.

—Estoy de acuerdo, era como usted dice —concedí—. Siempre estaba dispuesta.

—En la cama dice usted... —preguntó.

—O en el piso, donde fuera —chistoseé.

Sonrió, aflojándose un poco.

—El tipo de mujer que uno quiere tener cerca —dijo, soltando algo de lo que escondía.

—Entonces ¿por qué la largó? —pregunté, adivinando dónde tenía la roncha.

Suspiró hondo.

—No pude... la familia —confesó, vencido. Era la primera vez que lo sacaba para afuera. La máscara se le había aplacado. Me miró a los ojos y vi que sin las morisquetas lo que tenía era cara de boludo triste.

—Se arrepintió, me imagino —dije, casi con delicadeza.

—Todos los días —dijo, confesando en el tono la gravedad con que juzgaba su propia infamia.

Se quedó callado, meditabundo. Una de las cosas que pensó fue que había hablado mucho y yo poco.

—¿Y usted? ¿Qué pasó? —preguntó en consecuencia.

—No lo sé. Yo quise formalizar y ella no quiso. Decía

que estábamos bien como estábamos —mentí. Al decirlo pensé que quizá el tipo interpretaría la información que le daba en el sentido de que Luisa había quedado enamorada de él, recordándolo, quizá soñando con un nuevo comienzo. Probablemente eso interpretó, porque se sumió en un silencio más largo, más pensativo.

—La semana pasada —arrancó de pronto— y la antepasada soñé con ella. Soñé que estaba viva. Yo le decía “Pero ¿cómo? ¿no te moriste?”. Y ella me decía “No me morí”. Y después me encuentro con usted, y hablamos de ella. ¿Se da cuenta? A veces pienso que si no hubiéramos largado todo hubiera sido diferente, no le hubiera pasado lo que le pasó.

Ahí el tipo estaba tocando el hueso, y era muy parecido al mío.

—Yo a veces también pienso eso —le dije para su consuelo.

Por supuesto, en este punto nos quedamos sin más que decir. Era el momento de decir que bueno, que era un gusto haberlo encontrado y haber conversado. Pero algo en mí me decía que no, que el camino era otro, que no sólo para moquear un poco a dúo lo había encontrado. Era, como dije, lo que se llama una intuición. Del tipo ciego y persistente.

—¿Está solo aquí? —pregunté.

—Sí, mi mujer está en Paysandú con los chiquilines. Y a mí me dieron ganas de borrarme por el fin de semana, tomar un poco de aire —dijo, con un gesto vago de la mano en dirección al mar.

Fue entonces, en las últimas postrimerías de la conversación posible, in extremis, que se me ocurrió. Sin saber para qué. Sin imaginar en absoluto la gama de consecuencias posibles. Pero al fin y al cabo no sin el concurso

de una cierta lógica, ya que por lo que me contó de alguna manera también a él Luisa venía acosándolo.

—¿Sabe? Me preguntaba si estaría bien contarle lo que me pasó aquí en Piriápolis. Ahora que hablamos sé que se lo tengo que contar.

Me miró sorprendido.

—¿Qué le pasó?

—Encontré una mujer idéntica a Luisa. Tan idéntica que al principio pensé que era ella.

Los ojos se le achicaron, se le hicieron finitos traduciendo el esfuerzo que le costaba integrar semejante declaración.

—A usted le pasó en la realidad lo que a mí me pasó en un sueño.

Asentí con un cabeceo.

—En realidad no tiene nada de raro. Las caras se repiten —reculó, cauteloso.

—Se repiten —coincidí.

—¿Muy, muy parecida? —preguntó receloso.

—¿Quiere verla?

Sabía que aceptaría antes de que abriera la boca para decir que sí. Al fin y al cabo por algo andábamos enredados los dos en la misma telaraña. Mireles era un tipo duro y precavido. Pero al más zorro lo agarra alguna vez la vida con la guardia baja.

## XXIV

En pocos minutos —su automóvil siguiendo al mío— estuvimos frente a la casa de Ulisa. Mientras la fiera nos ensordecía a ladridos le dije:

—No mencione lo del parecido. Yo no le dije nada.

—¿Quién es esta mujer? —preguntó, nervioso.

—Se llama Uli. Hace trabajos de limpieza. Y no se ponga nervioso. No hay por qué.

Cuando Ulisa abrió la puerta y venía hacia el portón Mireles alcanzó a decirme:

—Pero no se parece en nada...

—Hola, Uli —dije en plan afable—. Aquí traigo a un amigo al que le hablé de vos y que te quiere conocer.

Aunque nunca llegué a conocer bien el gestual de Ulisa, más bien parco y tosco, o, en las antípodas explosivo, me pareció evidente que estaba más que sorprendida. No tenía que ser muy avisada para comprender que aquella manera de presentarle a quien me acompañaba implicaba qué cosa le había contado de ella, y con qué intención lo traía. Mireles le tendió la mano mintiéndole un nombre.

—Diego Martínez, mucho gusto —dijo.

Ulisa le cedió una mano escurrídiza, pero no abrió la boca.

—Yo los dejo porque me están esperando —dije entonces, en el colmo de la grosería.

—Nos hablamos —dijo Mireles, que de pronto se veía más relajado, habiendo comprobado que las expectativas eran las razonables.

Ulisa se limitó a cerrar el portón sin mirarme. Los vi ir hacia la casa y caminé hacia mi auto. Al abrir la puerta oí que Ulisa me llamaba. Había regresado hasta el portón.

Me acerqué. Estaba desencajada, angustiada. Mireles esperaba junto a la puerta de la casa.

—¿Por qué? —preguntó apenas con un susurro.

—¿Por qué no? —respondí encogiéndome de hombros, sonriente—. ¿Te cayó mal mi amigo?

No respondió. Una lágrima, una maldita lágrima le resbaló por la mejilla.

—Dijiste que podía hacer con vos lo que quisiera —le recordé, implacable.

Miró al piso. Los nudillos de la mano con que estaba aferrada a la reja del portón estaban blancos. Volvió a mirarme, respiró hondo.

—Es cierto, podés hacer conmigo lo que quieras. Pero no te olvides de que si me das es porque soy tuya —dijo con la voz perfectamente calmada y con una lógica que realmente no esperaba de ella—. Nos vemos mañana.

Cuando me alejaba en el auto empezaba a llover otra vez. Me sentía como un patán. También sentía que por primera vez en un rato largo estaba en control de la situación. Sólo una de las dos impresiones era correcta.

## XXV

¿Qué esperaba que ocurriera haciendo lo que hice? No sabría decirlo. Como dije fue un impulso ciego.

Probablemente esperaba lo razonable: poner aquel paquete peligroso en manos de otro, lavarme las manos. Poder decirle mañana a la mujer “si te he visto no me acuerdo” y que no pudiera responder nada. Yo qué sé. Pasarle a otro el aguijón. Y no a otro cualquiera, a otro con el

que Luisa también tenía cuentas pendientes. No sé. Algo por el estilo. Fue un impulso, repito. Estaba inconscientemente programado para echar a Mireles a las llamas en mi lugar. Fui y lo hice. No esperaba que sucediera lo que sucedió. Aunque dada mi experiencia con Ulisa e hilando fino bien hubiera podido considerarlo como una de las posibilidades, por remota que fuera —precisamente aquella de la que yo estaba tratando de escaparme.

Al otro día era domingo y Ulisa, por supuesto, no tenía que venir a hacer la limpieza. Estuve todo el día nervioso, esperando en cualquier momento descubrirla detrás de un árbol, espiándonos. Al fin y al cabo había sentenciado que nos veríamos “mañana” y no el lunes. Fue tan evidente para Elvira mi nerviosismo que su humor, cosa rara, esta vez realmente se ensombreció tratando de adivinar qué problemas tan graves me acosaban. Finalmente, hacia el atardecer se ofreció a leerme algo, con la intención de distraerme de mis preocupaciones. Acepté y fue un buen remedio, porque si no disfruté de la lectura por lo menos me llamé a disciplina, a moderar mis humores.

El lunes de mañana temprano fuimos hasta el pueblo a comprar bizcochos para el desayuno. Al llegar a la panadería desde la esquina de enfrente nos llamó la mercera y nos dio la primera noticia terrible. Nuestra limpiadora había sido asesinada. La encontraron en su casa desnuda, el cuerpo —rostro incluído, especificó la mercera con una mueca adicional de horror— cubierto de latigazos, aunque habían sido puñetazos y puntapiés los que le habían ocasionado la muerte. La segunda noticia terrible la estaban comentando en la panadería. Un hombre, un montevideano, se había suicidado disparándose un tiro en la boca. Lo encontraron en su

auto, que estaba en un mirador de la costanera a la altura de Punta Colorada. Pregunté por detalles del auto. Era el de Mireles. Ya ahí, en la panadería, había quien especulaba con la posibilidad de que ambas muertes estuvieran relacionadas.

Decidí desde el primer momento callarme cuidadosamente la boca. No era una opción sin riesgos. Probablemente la policía intentaría relacionar ambas muertes. En una ciudad chica dos muertes violentas en cuestión de horas no pueden no estar relacionadas. La cuestión estaba en cómo haría la policía para relacionar ambas muertes. Si era la policía técnica la que encontraba elementos que probaran la relación (huellas digitales, pelo o sangre en las uñas, o cualquier otra señal física) la curiosidad policial se detendría allí.

El lío para mí empezaría si encontraban un testigo que me relacionara con Mireles. Alguien que nos hubiera visto conversando en la rambla. O alguien que hubiera visto nuestros autos frente a la casa de la occisa. En ese caso la policía tendría en mí no solamente al empleador circunstancial de la limpiadora sino además a quien se la presentó al asesino. O al cómplice. No tardaría en llegar el momento en que tuviera que explicar que conocía de antes a Mireles y que —horror de los horrores— habíamos sido amantes anteriormente de la misma mujer. Difícilmente pudiera llegarse a una acusación de coautoría o complicidad, pero aquello iba a terminar con mi reputación y, además, con mi matrimonio.

Elvira, de más está decirlo, quedó muy afectada por la noticia que la concernía, la de la muerte de la limpiadora. Por un buen rato no dejó de preguntarse cómo era posible que alguien hiciera algo tan horrible —refiriéndose

concretamente más que a la golpiza fatal a la minuciosa y salvaje flagelación.

En tanto empleadores de la occisa la policía no tardó en visitarnos. Les expliqué que mi esposa estaba consternada por lo sucedido y les rogué que en lo posible fueran breves. Me aseguraron que lo serían, y cumplieron. Fueron unas pocas preguntas. Que desde cuándo la conocíamos, que en qué horario trabajaba con nosotros, que si le notamos alguna conducta extraña, que si nos confió alguna información de su vida, que si sabíamos de alguien que la odiara o le guardara algún rencor o inquina. Dimos, al unísono, las respuestas previsibles. En seguida comprendí que no existía el temido testigo que me implicara. Cuando el agente, ya guardada la libretita y la birome, se paraba para retirarse Elvira le puso la frutilla a la torta, como para que el hombre se fuera contento con la cosecha.

—Hubo un día que la pobre vino a trabajar muy arreglada, pintada y con ropitas más prolijas que las habituales. Recuerdo que con mi esposo comentamos que seguramente al terminar de trabajar iría a verse con algún novio.

Yo corroboré presuroso la observación. El agente pidió que precisáramos la fecha. Elvira y yo deliberamos un momento y le dimos el dato preciso. Y eso fue todo.

Durante algunos días me pregunté como cuánto tiempo la policía seguiría investigando aquellas muertes. Lo de Mireles era un suicidio, y si no se lo podía vincular a la otra muerte, o a algo, lo que fuera, no daba para muchas vueltas. Imaginar que la investigación llegaría a las personas vinculadas vagamente por razones de trabajo con Mireles —mi caso— y que por ahí la policía diera conmigo como vínculo entre los dos muertos de aquel

domingo de septiembre era pedirle mucho a un caso claramente de suicidio. En cuanto al asesinato de la mujer, tenía la peculiaridad de la delectación en el sufrimiento. El perfil del asesino podría estar indicando —a menos que se tratara de una venganza— que podía volver a matar. Pero la falta de indicios, y la falta de presión (la occisa era pobre y no tenía familia) seguramente terminarían por diluir las intenciones. Después, la ausencia de casos similares terminaría por archivar el caso, seguramente. No me equivocaba en mis presunciones. Nunca más oí hablar del asunto.

## XXVI

No sé si en el comienzo de todo lo sucedido —aquella noche de insomnio— era que el fantasma de Luisa me perseguía o si lo que me perseguía eran mis habituales debilidades voluptuosas sumadas a algún improbable sentimiento de culpa. No sé si realmente Ulisa se parecía a Luisa o si yo estaba padeciendo una persistente alucinación. Mireles alcanzó a darme un testimonio terminante: según él no se parecían en nada. No sé por consiguiente qué valor tiene mi presunción de que el fantasma de Luisa me condujo hasta Ulisa con fines nada claros pero presumiblemente fatales para mí. Lo único cierto en todo esto, lo único indiscutible, la única evidencia firme como una roca, es que Ulisa —nombre imposible, jamás antes utilizado para bautizar a una hija, seguramente— es un anagrama de Luisa. Este tipo de coincidencia suele bastar —por lo menos en el ámbito de la literatura— para que

una personalidad más o menos sugestionable —quizá yo lo sea sin haberlo sabido hasta entonces— ingrese en la zona del delirio. Que Mireles haya aparecido justo en el momento adecuado en la escena de mi delirio me parece una casualidad mucho menos interesante: este es un país chico y todos nos cruzamos con conocidos en los balnearios.

Si hubo fantasma e intención fatal entonces me salvé de la trampa que el destino me tendió gracias a esa aparición del tipo adecuado en el momento adecuado, listo para ser lanzado a las llamas del infierno en mi lugar.

Tampoco sé, por supuesto, y haré lo posible para no averiguarlo, si yo hubiera sido capaz de caer en lo que cayó mi sustituto. Quizá sí: al menos eso temí en determinado momento. Quizá no; en realidad nunca en mi vida lastimé a nadie.

En resumidas cuentas: todo el asunto es extremadamente vago e improbable. Queda la sensación de que por un instante —demasiado largo— estuve asomado a un abismo que me estaba destinado.

Lo único positivo en todo lo terrible sucedido es que Elvira y nuestro matrimonio han pasado a través de todo impolutos, intocados. Mi convicción es que un amor, una relación, un matrimonio, o cualquier isla de pureza y armonía, una vez que han sido tocados por las fuerzas disolventes que los rodean y acechan, comienzan a corroerse, y no dejan de hacerlo hasta pudrirse completamente y desintegrarse.

Una vez que hube sacado la cabeza de las fauces de la Bestia me dediqué a compensar a Elvira por todo ese período en el que sin entender por qué me estuvo soportando fuera de mis cabales. Como consecuencia nuestro ma-

trimonio ha alcanzado cimas de ternura y encanto que yo nunca hubiera imaginado posibles. Ojo: no quiero decir con esto que yo haya cambiado radicalmente. Esto no es la historia de una conversión. Sigo dándole al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios.

En cuanto a Luisa, sólo recientemente he podido empezar a recordarla con paz en el corazón, celebrando en nuestra relación lo que de bueno para ella o para mí haya habido como un don de la vida. Los recuerdos ya no muerden.

C A S A E D I T O R I A L

H

U

M





C A S A E D I T O R I A L

H U M

Esta edición de  
**ULISA**  
se terminó de imprimir  
en el mes de junio de 2013  
en MASTERGRAF SRL  
Gral. Pagola 1823 - T. 2203 4760  
Montevideo - Uruguay

Depósito Legal xxxxxx - Comisión del Papel  
Edición Amparada en el Decreto 218/96